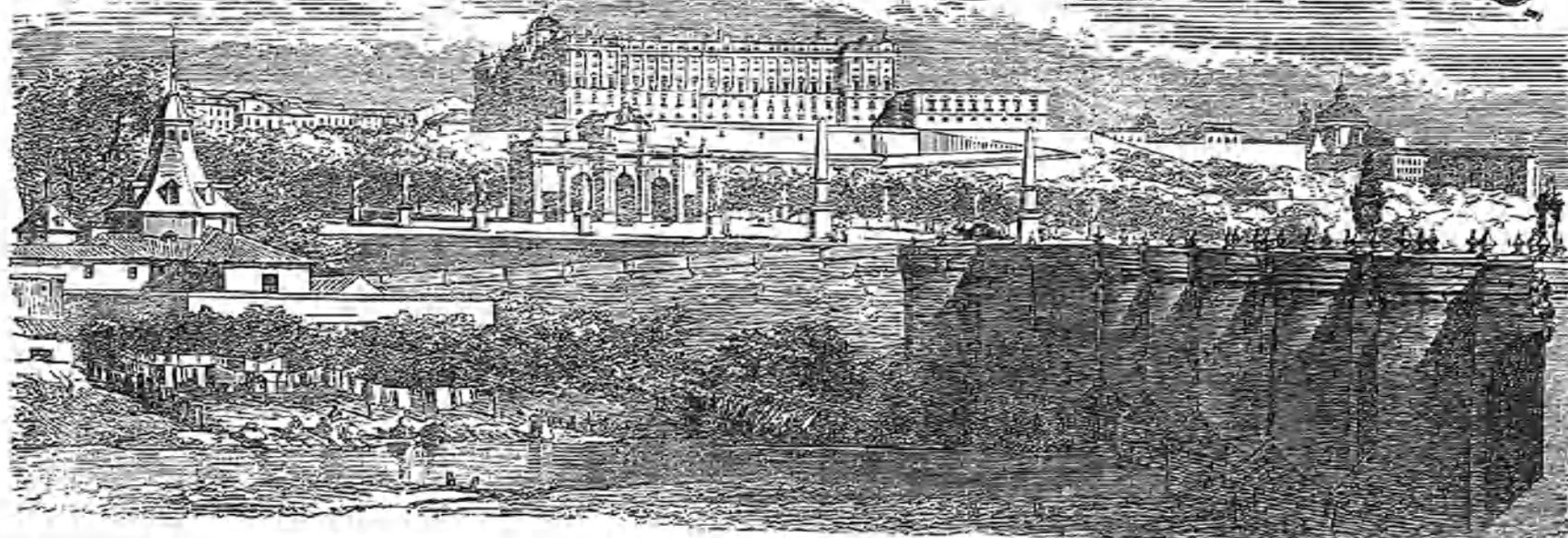


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO II.

MADRID 30 DE OCTUBRE DE 1871.

NÚM. 44.

SUMARIO

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Flores.—Necrología, por D. Ferrn Caballero.—Recuerdos arqueológicos y monumentales de Palencia. Carta primera, por D. José Amador de los Rios.—Una visita á las obras del puerto de Cartagena, por X.—Fuente monumental á Zaragoza, por Z.—Ramon Lull (Raimundo Lull) considerado como alquimista, por D. José Ramon de Luaces.—La vida (poesía), por D. Francisco Flores y Garcia.—La Exposición de Bellas Artes, por D. Perceval Garcia Codera.—Historia de un desconocido (conclusion), por D. Antonio Hurtado.—Soneto, por el Marqués de Merediz.—Fiestas del Pilar en Zaragoza. El Rosario, por X.—No hay deuda que no se pague... (continuación), por D. Ateoro Roma.

GALERIAS.—Excmo. Sr. D. Severo Catalina, fotografía del Sr. Juliá, dibujo de D. A. Perea.—Fiestas del Pilar en Zaragoza. El Rosario, dibujo de D. Francisco Pradilla.—Exposición de Bellas Artes. Sección de pintura. Muerte de Séneca, cuadro de D. Manuel Dominguez, dibujo del mismo.—Exposición de Bellas Artes. Sección de pintura. Santa Clara, cuadro de D. Francisco Domingo, dibujo del mismo.—Obras del puerto de Cartagena. Fabricación de bloques artificiales, dibujo de don P.—Obras del puerto de Cartagena. Quebranta-olas, dibujo del mismo.—Exposición de Bellas Artes. Sección de arquitectura. Fuente monumental para perpetuar las glorias de Zaragoza, proyecto de D. Miguel Martinez Ginesta, dibujo del mismo.—JercogliSeco.

En ese concilio sostuvo algun padre de la iglesia que la mujer no podía ser reputada criatura humana. El santo varon sabe Dios de quién creeria haber nacido. Desde entonces acá no sé que se haya verificado reunion alguna en que la mujer haya sido mas injustamen-

te tratada que en la reunion que los periódicos nos han dicho haber tenido efecto en Valencia pocos dias haec. ¡Horrible retroceso hacia aquellos fatales tiempos del oscurantismo! La mujer fué insultada y escarnecida: comprometiéronse los jóvenes que á la reunion asistían á mirar con desprecio en lo sucesivo al sexo bello; se avergonzaron de haberle visto con simpatía en tiempos pasados, y juraron vivir en celibato eterno.

¡Pobrecitos! Tal vez alguno de ellos se habrá casado ya á estas horas. Los juramentos contra la mujer se escriben sobre la superficie del agua: y conforme los vamos escribiendo se van borrando.

¿Cómo no amar á la mujer? De ella nacemos: ella es el ángel de doradas alas que se aparece en los sueños de nuestra juventud mostrándonos el cielo del amor: ella nos hace agotar el placer hasta el dolor, y el dolor hasta el placer; ella es, en fin, la madre de nuestros hijos.

Tenia razón, sin embargo, aquel reverendo que afirmaba que la mujer no es un sér humano.

Enfrente de mi casa vivía, ¡ay! ¡vivía! una mujer, una niña... Era blanca, pero su rostro tenia la palidez de la magnolia cuando empieza á marchitarse. Sus cabellos eran rubios, de un rubio plateado como las hebras que coronan la piña del maíz; sus ojos eran azules, de un azul triste como el del cielo de las tardes de otoño. La caña no se mece con más gentileza; la tórtola no suspira más dulcemente; el agua no sonríe más tranquila entre las asperezas del cauce que ella sonreía entre los infortunios de su desdichada y corta vida... ¿A qué referiros su historia? ¡Qué le importa al viajero que cruza un desierto de nieve de quien sea la huella que encuentra en su camino! ¿Quién se detiene ya á escuchar esas historias inver-



EXCMO. SEÑOR DON SEVERO CATALINA.

ECOS.

En el concilio de Mazon, en Francia, hubo gran discusion respecto á si Dios habia muerto por las mujeres lo mismo que por los hombres.

La controversia fué acalorada: muchos obispos sostenian que el Señor no podía haber muerto más que por los hombres; pero al fin se decidió que habia muerto por las mujeres también.

similes en que una mujer muere de amor? ¡Bah! ¡Pueden morir hoy las mujeres de otra enfermedad que la de moda; de puro apretarse el corsé, ó del pesar de no haber recibido antes del baile el vestido blanco de flores y plumas y lazos sin número, y lenguas blondas, y cola sin límite, que les ofreció la modista! Y sin embargo, ella murió de amor; yo la ví en su último día reclinada en un sillón junto al balcón de su gabinete, que había hecho abrir para respirar el aire puro de la mañana, porque su pecho se ahogaba. Yo la veía á través del cerco de flores que adornaba su balcón, rodeada de su familia y de sus hermanitos, que puestos de rodillas á un lado, con las manos tristemente cruzadas sobre el pecho, parecían ángeles orando junto al trono de una virgen. Todos los seres que amaba estaban allí: todos, ménos uno: ¡el que ella más quería! Y ella miraba al cielo como mira el caminante la ciudad querida término de su viaje.

Cuando ahora me asomo á mi balcón, viendo aquel otro donde ella murió, oído no de las frescas flores de otros tiempos, sino de un marco de hojas secas, como el follaje que á veces rodea una lápida, sonrío me con irónica tristeza, y acordándome de aquel dichoso padre del Concilio, me pregunto si esas pobres mujeres que, como Dios, sufren, y padecen, y mueren por el hombre sin lanzar un ¡ay! ni exhalar una queja, y amando y perdonando á quien las mata, son, en efecto, seres humanos.

Oiga Vd., señor romántico, revistero alemánico, socio literario de la *Fraternidad*, cantor del amor *carri* y de la tisis, ¿nos quiere Vd. convencer de que hasta las patronas de huésped y las amas de cría y las profesoras de obstetricia son seres sobrehumanos, archi-anhímenes y espíritus puros con mantilla y falda? ¿Usted no ha estado en la reunion celebrada por la seccion regional madrileña de *La Internacional* en el teatro de Rosasini?

—No, señor.

—Pues es lástima que no fuese Vd. á esa reunion, porque acaso hubiera Vd. variado de parecer, y tendria más respeto á la opinion de los padres de la Iglesia.

—Pero, hombre, sepamos á qué viene todo eso.

—Viene á que en esa reunion tomó la palabra una mujer, oficiala de sastré por más señas, y dijo, ¡qué sé yo lo que dije! empezó por llamar cobardes á dos apreciables señoras que han hablado mal de la asociacion á que pertenece no como sastré, sino como oradora; dijo que la propiedad de la clase media actual era inmoral y repugnante y adquirida no se sabe cómo; que la propiedad aristocrática era no ménos repugnante é inmoral, y añadió que la hecatombe de París es un átomo insignificante que nada significa en la historia de la humanidad.

—¡Cáscaras!

—Esta mujer internacionalista declaró que es opuesta á todo matrimonio, así civil como religioso, y que no cree en Dios hasta que venga uno visible y palpable, con calañes y faja, como si dijéramos, que le diga: ¡Yo soy tu Dios!

—Pero... ¿es posible que el pirronismo haya hecho semejantes estragos en las sastrerías?

—¡La patria, decía esa ciudadana, es una palabra absurda y ridícula, que carece de sentido!

—¡Basta! No me diga Vd. más; sin duda aquel respetable teólogo del concilio francés, que no reconocía á la mujer como un ser humano, dió con alguna oficiala de sastré en su camino.

La apología de la mujer está hecha en esta frase que se oía á todos los que escuchaban al tribuno con pendientes de la *Internacional*:

¡Qué escándalo! ¡Qué inmundicia! ¡Qué aberracion! ¡Si parece un hombre!

Cuatro palabras acerca de la Exposicion y del arte. Hay pocas cosas que se juzgan ménos con los ojos que las concepciones del artista.

Para juzgar del mérito de un lienzo, ó de una estatua, se necesitan, como para entender el latín ó el griego, estudios especiales. ¿Conocen Vds. algun hombre que haya nacido sabiendo pintar bien un cuadro ó esculpiendo un soberbio relieve? Pues ménos conozco yo quien por el solo hecho de tener buena vista sepa ver un cuadro.

Sin embargo, no encontrarán Vds. ser civilizado que, puesto ante las obras de arte de la Exposicion, diga que no entiende de pintura. Todo hombre culto se avergüenza de decirlo, y no se avergüenza de confesar que no sabe hacer zapatos ó tocar el clarinete. Y sin embargo, páreceme más fácil llegar á ser maestro de obra prima, ó á tocar con perfeccion todos los instrumen-

tos de una orquesta, que llegar á poseer los conocimientos necesarios para apreciar el arte en sus diversas manifestaciones.

¿Qué haceis vosotros en la Exposicion, los que no tenéis el sentimiento de lo bello? Confesadlo, mirais los cuadros como miraríais un pergamino lleno de figuras cabalísticas. Si el color de un lienzo os sorprende y admira y logra vuestro aplauso, no es porque traduzca fielmente el color que en la naturaleza tienen los objetos en él representados, sino porque es fuerte y brillante y hiere vuestros sentidos, como hiere vuestro paladar el picor de la pimienta ó de la mostaza. Los pasa á la generalidad de los hombres vivos, cuando ven hombres pintados, lo que á los gatos, que se miran en un espejo y no se conocen: el hombre no se conoce en el cuadro que mejor le representa, y cree verse admirablemente reproducido en figuras que no tienen ni el color de su carne, ni el de las telas de sus vestidos, ni un átomo de su espíritu. Generalmente cuando dice: he aquí un hombre hecho y derecho, da una prueba del bajo concepto en que tiene á la especie humana, pues el hombre aquel suele ser un muñeco dado de colorista, ó hecho de pasta de arroz, y de tan absurda anatomía que si le infundieran aliento no pudiera el cuidado salir del marco que le encierra.

Se tiene rubor en confesar que no se sabe juzgar un cuadro, por el convencimiento de que el arte es pura y simplemente la imitacion de la naturaleza. Para juzgar una imitacion, se dice, no es necesario más que haber visto el original y ver la copia.

Si el arte fuese la imitacion de la naturaleza convengo en que esto pudiera ser cierto; pero reduciríamos entonces el dominio de la crítica á muy cortos límites. Seria preciso exigir al pintor que expusiera al lado de la copia el original, y ya comprenden Vds. las dificultades de todo género que surgirían para traer á la Exposicion los cadáveres de Lucrecia, de Séneca, y de las victimas del Dos de Mayo; los personajes históricos y sin historia pintados en los cuadros expuestos; las salas y patios de la Alhambra, cuyas copias allí figuran; los países y ciudades reproducidos por el pincel, y lo que es aún más difícil, siendo lo único posible, seria preciso tambien que los originales de los retratos tuviesen la inverosímil galantería de colocarse al lado de éstos; ellas, con sus vestidos escotados y sus lindas muecas; y ellos, con sus bandos y cruces y su forzado aspecto de hombres de importancia.

Y habria por añadidura que trasladar allí, con gran detrimento de la higiene, las frutas y peces, cuya fiel imitacion vemos en *bodegones* hace meses pintados, y las flores ya marchitas que sirvieron de modelo para esos ramos tan frescos.

Yo sé que el arte puede existir—existe casi siempre—sin la imitacion servil; pero sé que no hay imitacion que sea bella sin esa expresion poética del sentimiento que se llama arte.

El vulgo, falto de la educacion del alma, juzga únicamente por la impresion que reciben los sentidos, y prefiere un melocoton, una flor ó un árbol bien pintados, á todas las catástrofes de la historia, desarrolladas magistralmente ante sus ojos.

Le entusiasman los trajes de las damas retratadas, especialmente los de terciopelo ó raso; expresion para él la más sublime y difícil de la pintura; los uniformes de bordadas solapas y cubiertos de brillantes condecoraciones, que más le parecen hechos por un sastré que por un artista; las botas de montar, sobre todo cuando son de charol y están algo manchadas de barro; las sortijas que lucen los personajes de los lienzos, si están pintadas con tal esmero que se pueda leer en ellas las fechas y dedicatorias que á veces contienen; las medias de seda que lleva algun figurin de casacon del siglo pasado, llenas de arrugas delicadísimas y con algunos puntos saltados para mayor propiedad; los cacharros de Talavera, las copas venecianas y los azulejos árabes que le parece estarlos viendo en la cocina de sus abuelos; los faroles con que se ilumina alguna escena dramática, que antes que en el cuadro, los ha visto en alguna portera de convento; los tapices con sus pistos de colores; las alfombras con sus pliegues que figuran estar hechos á tropezones; los manteles con más dobles que la sobrepellis de un cura, y todo aquello, en fin, que en la naturaleza, por carecer de vida y verlo en todos momentos, observa y estudia inconscientemente el hombre más vulgar y ménos observador y curioso. La imitacion, hé aquí el arte para el vulgo. No le preguntéis si

creen que el pintor ha metido algo dentro de esos vestidos y de esos uniformes, porque en buena ley no podrá decirlo. Tratándose de seres vivientes, no se cree capaz de emitir opinion más que sobre los animales domésticos, como las gallinas, los conejos, el perro y el burro. ¡Y hay tanto vulgo en materia de artes!

Muchos cuadros bien pintados carecen de arte por completo, y otros pintados lastimosamente encierran gran sentimiento artístico.

La Exposicion actual me proporcionaría ejemplos en favor de esta afirmacion, y yo establecería comparaciones si no supiera que toda comparacion, el refrán lo dice, es odiosa.

Figúrense que dos artistas, á imitacion de Breughel, pintan dos cuadros representando Adán y Eva en el paraíso. ¡Soberbio asunto para ensayar la paleta! El hombre y la mujer ostentan los tonos brillantes y suaves del descuido; los brutos y las aves despliegan al sol los ricos matices de sus pieles y de sus plumas; la naturaleza se viste con espléndida lozanía bordando su fresco césped de insectos sin número; el Eufrates rompe la verdura de los bosques vírgenes cargado de conchas y peces; en el cielo de trasparente azul, y envuelta en nubes resplandecientes, acaso la imagen del Hacedor contempla su obra para ver si está hecha á medida de su grandeza! ¡Luz, color, vida! ¡Toda la paleta del pintor y todo el genio del artista pueden emplearse en la imitacion de tantos seres y objetos, y en la expresion de la Omnipotencia divina!

Los dos pintores hacen sus cuadros y los entregan al fallo del público.

El primer paraíso con que nos encontramos, es una fotografia de la verdad material. Adán y Eva están realmente en cueros, y se les tomaría por una pareja feliz que se baña en una posesion particular. Las plantas y los árboles podrían ser clasificados por un botánico; tal es la propiedad y minuciosidad con que están reproducidas: un jardinero podría hacer un ramo de las flores que se le pidieran; un domador de fieras compraría para su coleccion aquel elefante, aquel leon, aquel tigre. Se distingue entre los peces, á la trucha asalmonada de la trucha comun; entre los pájaros, al tordo del mirlo; entre los insectos, la abeja de la mosca epiforme; entre los moluscos, la púrpura del marles; y un geólogo diría viendo el país del cuadro: esto es *humus*, esto es terreno primario, terciario ó cuaternario.

Pero despues de haber admirado todo esto con los ojos de la cara, echais de ver que no se ha asomado á ellos vuestra alma: todos aquellos seres están como enjaulados en el cuadro; el país tiene el aspecto de un jardín inglés; el cielo es tal como vosotros le desais para un día de campo, mas no como debió tenderse en el despertar de la creacion, y aquel Padre Eterno que se asoma entre nubes, es un apreciable modelo que por un duro se aparece á voluntad en casa de los mortales. En fin, el pintor ha trasladado fielmente todos los ejemplares que ha podido reunir de los tres reinos de la naturaleza; pero Dios, que hizo el original, no ha dado una sola pincelada en la copia. Ante este cuadro no se acuerda nadie del *Genesis*.

El segundo paraíso deja en cambio mucho que desear como fiel imitacion. No se comprende bien qué arbales son aquellos; hay acaso algun leon con peluca y algun elefante que tiene grandes narices en vez de trompa; hay faltas de correccion en el dibujo y gran escasez de detalles, sobre de chafarrinones y exceso de pegotazos; pero la composicion es grandiosa: los pájaros cortan el aire, los brutos corren por la pradera mostrando su variedad infinita y como negándose á la servil imitacion; el aire y la luz lo bañan todo en olas de color y de alegría, modificando y trasformando los objetos. El pensamiento, herido por aquella apariencia de verdad que encierra el sentimiento de la verdad misma, y como un ángel que para llegar con sus alas al cielo toma impulso hiriendo con su pié la tierra, desde la obra del artista se eleva hasta la grandeza de Dios.

Hé aquí el arte.

Los autores de los cuadros *Muerte de Séneca* y *Santa Clara*, cuyos grabados damos en este número, han obtenido medallas de primera clase.

Que me place.

ISIDORO FERNANDEZ FLORES.

NECROLOGÍA.

El Excmo. Sr. D. Severo Catalina del Amo ha fallecido, volviendo á la tierra como los pámpanos de octubre no serán pocos los que acompañen en el sentimiento al autor de estas líneas, que no era su dardo, ni correligionario: era su amigo, porque le trató desde niño; era, porque le conocía bien, admirador de su talento. Cualidades estimables tenía el difunto para que se duela de su pérdida, no ya los indiferentes, los adversarios mismos.

Cierto, que cuando las naciones conllevan una existencia agitada y revuelta, ó un período de transiciones que las desquicia y trastorna, cual acontece medio siglo há á nuestra desventurada España; cuando la pasión, las exageraciones y los rencores han usurpado el puesto á la calma, la tolerancia y la razón serena, es difícil que se juzgue con imparcialidad á los hombres de valía; aun en el día llamado de las alabanzas, hasta el que acepta con gusto el encargo de predicar las honras de quien ocupó el poder, corre al riesgo de ser mal comprendido ó calumniado. Pero no: aún existe valor civil y nobleza castellana, para que no falten al muerto y á sus oradores adhesiones sinceras, leal reconocimiento, justicia y verdad.

El Sr. Catalina había manifestado desde que empezó á cursar en el Instituto provincial de Cuenca, su patria, una disposición intelectual nada común, en consonancia con el grande desarrollo físico de su cerebro, digno del examen de los freudólogos: anunciaban su asiduidad en el estudio, su penetración, su agudeza y sus arranques, que había de llegar un día en que brillasen las luces de su clarísimo ingenio. Estudiando derecho en la Universidad Central, emuló con los más aventajados compañeros, y se captó el aprecio de los más distinguidos profesores. El de hebreo, D. Antonio María García Blanco, formó de su capacidad filológica tan aventajado concepto, que no satisfecho de ostentarle su discípulo predilecto, logró que se crease una segunda cátedra de literatura hebrea, para que enseñase al lado de su maestro las bellezas del habla de Israel: distinción que ideada por el catedrático y aprobada por el gobierno, dice mucho en favor del agraciado, que ganó además por oposición la plaza sin competencia. Con sus dotes y buen trato, se conquistó también la estima de sus iguales en todas las facultades; que no suele haber jueces más rectos del mérito, que los que continuamente se rozan y miden: sin distinción de opiniones recibía muestras señaladas de consideración, y á no hallarse envenenado el virus político, todos se hubieran honrado con su amistad. La Academia Española le abrió sus puertas con aplauso, y no será esta cuerpo sabio el que menos se duela de verse privado de su cooperación inteligente y laboriosa.

Los escritos del Sr. Catalina han llamado justamente la atención por lo elevado de los pensamientos, por el sentido práctico de las concepciones, por lo castizo de la frase, sin linchazo ni palabrería, aunque incisiva á las veces. Su discurso al recibir el grado de doctor en jurisprudencia en 1857, el que leyó en 1861 á su ingreso entre los académicos de la lengua, el volumen que publicó en 1858 con el modesto é intencional título de *La mujer, apuntes para un libro*, numerosos folletos y artículos suyos que han alimentado la prensa y todas sus producciones conocidas, le han valido el concepto de literato y filósofo profundo, de escritor sesudo y galano.

Al recordar que fué director general de Instrucción pública y ministro á seguida de Fomento, ruego á mis lectores que no tomen en cuenta la fecha, ni se dejen llevar de la inquietud á que arrastra el ciego espíritu de partido. Si en el juicio que formó sobre el estado de la primera enseñanza y de sus maestros tuvo alguna alusión, como yo lo creí, y se lo manifesté privada y públicamente, ¿qué razón hay para que á nuestra vez nos alineemos, desconociendo por eso las ideas útiles y fecundas que tenía y pensaba plantear? La capacidad, el saber y el buen deseo están muy por encima de las cuestiones momentáneas y el desconocer aquellas dotes elevadas en el Sr. Catalina sería injusticia notoria. Personas de su talla en todo tiempo son gloria de la patria, y deben ser honradas como tales por todos y por siempre: que no estamos tan sobrados de eminencias, que olvidados ó desconocidos, desalentemos á la juventud, que ha de reemplazar á las enterradas.

Son bastantes los que desdennan á sus parientes pobres, cuando han sabido elevarse á posiciones encumbradas; abundan los que ocultan los defectos físicos y la edad que tienen; son pocos los que deponen el amor propio para confesar un error ó una equivocación, y es

un caso fenomenal que un partidario de escuela filosófica ó teológica se convenza ante los argumentos de la opuesta escuela. Pues todavía es más extraño en tiempo de guerras políticas sañudas, que un contendiente confiese sin reservas en su adversario cualidades sobresalientes, mérito verdadero, todo el talento y virtudes que posee. Para obrar públicamente con esa sinceridad y buena fé, se necesita un don divino ó haber llegado á edad tan avanzada, en que toda la vida queda á la espalda y no se ve por delante más que la tumba y el juicio severo de la historia.

Yo lloro al hombre de dicción y de altas prendas que nos ha arrebatado la muerte muy temprano: no es ocasión esta de hacer apoteosis ni condenación de doctrinas políticas ó administrativas. Porque me repugnan los autos de fé y las excomuniones, no quiero ser inquisidor del talento, ni usar de anatemas contra ningún honrado patriota. De tantos como me han precedido en el camino del sepulcro, dos solas veces he tomado la pluma para escribir postrimerias; es tarea dolorosa y comprometida.

Narré la vida de un orador eminente, de un amigo, patriota reconocido por toda España y fuera de ella; pero aún sentía mi mano virilidad y lozanía. Hoy dedico estos pocos renglones á la memoria de un escritor aplaudido en la república de las letras, de un genio de grandes esperanzas, mi paisano y mi amigo; pero el peso de los años me abruma y pueden más los sollozos que los destellos de la razón. Perdónenme su desconsolada vida, sus parientes y cuantos le amaban, la poquedad de una corona tejida con agostadas flores: atender á mi deseo que es cariñoso y santo. Nunca reparó el que yace en mis particulares opiniones para estimarme y querermé; había yo de ser tan injusto y fiero, que la escatimase el elogio funeral!

La literatura ha perdido en el Sr. Catalina uno de sus cultivadores más asiduos é inteligentes; Cuenca debe vestir el luto por su hijo huérfano; los amigos exhalarán afectos de pena. Ha fallecido sin descendencia cuando apenas llegaba á la madurez de la edad, y si antes había dado muestras tan señaladas de aptitud, mucho podía esperarse de estudios que traía entre manos, aleccionado, como lo estaba, en sus viajes por Europa y en la escuela del infortunio. Campoamor dijo del libro *La mujer* este elogio grande y conciso: «Ó no habrá hombres en el mundo, ó vivirá eternamente.» Parodiando el pensamiento concluiré diciendo: *Ó no habrá un conquistador de buen corazón y de seso, ó durará la fama literaria de D. Severo Catalina.*

FERRÍN CABALLERO.

Barajas de Melo, 22 de Octubre de 1871.

RECUERDOS

ARQUEOLÓGICOS Y MONUMENTALES DE PALENCIA.

CARTAS AL SEÑOR DON JUAN MARTINEZ MERINO.

CARTA PRIMERA.

LA CIUDAD.

I.

Muy distinguido señor y amigo mío: Librame Dios de que ahora ni nunca pueda alcanzarme aquella manera de maldición, que los eruditos de la Edad Media formularon en la sentencia latina: *Ingratus est homo magis quam animalia caetera bruta*, y que los escritores vulgares pusieron en lengua castellana, con autoridad de popular adagio, diciendo:

*En el que ha menos agradeceimiento
Que en los animales sin entendimiento.*

Debo á Vd. y debo á los buenos amigos de esa capital, entre los cuales tengo la honra de contar alguno de mis más cariñosos discípulos, la singular fineza de haberme obsequiado por extremo durante mi breve permanencia en ese país, acompañándome á visitar, dentro y fuera de la ciudad, sus más notables monumentos; y sería en verdad ingratitude insigne el negarme á la generosa invitación de Vd. y de los expresados amigos, para que les manifieste el juicio que dichos monumentos me han inspirado. Grande es, sin embargo, el compromiso en que ésta su bondad me pone, conocidas ya y no poco elogiadas de los hombres doctos, desde la época de Navajero y Ambrosio de Morales hasta la edad presente, las principales obras de arte que atesora esa ciudad y provincia; por lo cual nada ó muy poco nuevo puede hoy decirse sobre ellas. Aliento siempre á la voz de la amistad, y porque, demás de la razón de la

gratitud, no pueda achacarse mi silencio á desdénosa indiferencia, decidome gustoso á remitir á Vd. estas borradores, quedando muy pagado si por ventura hallara usted en ellos algo que halagase su anhelo de ilustración ó satisficiera su patriotismo.

Dicho se está con esto, desde luego, que el juicio formado por mí sobre los monumentos palentinos, no ha de causar á Vd. disgusto, si bien me aparte algun tanto del vulgar sentir, al determinar las respectivas épocas de su individual construcción, y no me acomode del todo al parecer de los discretos en orden á la importancia artística y á la significación histórica de los mismos. Sabe Vd. perfectamente que el estudio de los monumentos ha cobrado en nuestros días, bajo esta última relación, extraordinaria trascendencia, y que conforme á los principios proclamados por la ciencia arqueológica y ya repetidamente comprobados, revela aquel estudio, de una manera tan eficaz como exacta, no ya sólo el estado general y sucesivo de una civilización dada, sino también los particulares accidentes que en cada comarca y aun en cada localidad la caracterizan. Devoto de estos principios en cuantos estudios me ha sido posible realizar respecto de los monumentos arqueológicos de nuestra España, no parecerá á Vd. peregrino, y ántes bien muy llano y corriente, el que al fijar la mirada en la ciudad de Palencia, haya procurado ante todo establecer esa superior relación, sin la cual habría de necesitarse no acaso espíritu de adivinación, para reconocer y quitar el verdadero valor de las obras de arte, todavía existentes en su recinto.

Recuerdo, mi excelente amigo, que al leer, hace ya largos años, en el *Viaje de España* del diligentísimo académico D. Antonio Ponz, las *Cartas* que á esa ciudad y provincia consagra, hubieron de llamarme grandemente la atención los párrafos en que trata de las industrias palentinas y de su vecindario, observando con los créditos autores de la *Historia secular y eclesiástica de la ciudad de Palencia y de su Descripción*, dada á luz en 1783, que «no vivía en la capital de tierra de Campos ningún título de Castilla, conde, duque, ni marqués», por más que señalaban todos heredarse en sus comarcas.—Para el laboriosísimo Ponz, lo mismo que para los referidos autores, no pareció tener esta importante observación mayor trascendencia que la de ponderar la riqueza territorial del país, envidiada en toda Castilla.—Sus miras no se levantaron á las esferas sociales y políticas, donde se hallaba realmente la raíz de aquel singular fenómeno; y nada echaron de ver tampoco dentro de la ciudad, que pudiera contribuir á su explicación, sin teniendo por objeto peculiar de sus investigaciones, como á Ponz sucedía, el estudio de los monumentos arquitectónicos.

Era el hecho, sin embargo, tanto más digno de madura contemplación cuanto que no se limitaba á la simple esfera económica, bajo el aspecto indicado. Palencia no contaba entre sus vecinos durante los siglos XVII y XVIII ningún marqués, conde, ni duque; ¿los había contado en los precedentes?... Á semejante pregunta responde con sus monumentos, sin mayor consulta de historiadores y cronistas, la ciudad entera; y Vd. sabe muy bien que no he de marear título de antojadizo, si aseguro que la respuesta obtenida de su más ligero examen, es en este punto tan completa como decisiva. Recorriendo no ya sólo las barriadas, en que el siglo presente empieza á imprimir su sello, que son las ménos, sino también las que revelan antigüedad más calificada, y éstas componen casi toda la población, vanos serán, en efecto, cuantos esfuerzos se hicieren para hallar en Palencia aquella copia de palacios y aun alcázares señoriales que duraron los tiempos medios y una buena parte del siglo XVI dieron subida importancia, ennoblecieron y caracterizaron á la mayor parte de las ciudades leonesas y castellanas.

Leon, Burgos, Valladolid, Segovia, Ávila, Toledo, Guadalajara y aun la misma Madrid, cuya grandeza es harto reciente,—a pesar de las dolorosas catástrofes que las han afligido, alterando no poco su primitiva economía,—guardan en su seno y ostentan, como gloriosos timbres de su pasada vida, suntuosas fábricas arquitectónicas, que pregonan todavía el poder y la opulencia de los antiguos próceres castellanos. Palencia se ofrece en cambio despojada de monumentos que puedan contribuir á revelar, ni en todo ni en parte, la existencia de aquella nobleza, tan poderosa como arrogante y movidiza, que mientras aspiraba á tener en perpetua tutela á los reyes, ponía en planta en las ciudades, para gravar con su poder sobre los concejos y deslumbrar con sus riquezas á los ciudadanos. Las casas y moradas de la antigua

capital de los *Campes góticos*, fundidas en el molde de una modesta medianía, apenas si llegan a revelar en sencillas portadas, empotradas en frágiles tapias, las aspiraciones artísticas de los últimos días del siglo xv, siendo muy posteriores los contados edificios que exceden de aquella común medida.

¿Qué explicación alcanza tan singular fenómeno? ¿Por qué la generosa ciudad de Palencia, teatro una y otra vez de temerosos dramas de alta influencia en la España de la Edad Media, aparece en cierto modo divorciada de las demás ciudades, sus hermanas, y aun de las villas y

siglo alguno arquitectónico, no ya de la ciudad ibera y de la hispano-latina, pero ni de la ciudad visigoda. Palencia, al ser definitivamente redimidos los *Campes góticos* del poderío del Islam, era realmente lo que la ciencia arqueológica determina con nombre de *despoblado*; y nadie hubo de pensar formalmente en su reedificación, hasta que la balanza de aquella guerra de exterminio, en que se abrasaban cristianos y musulmanes, se inclina resacadamente á favor de la reconquista. ¿Quién lleva á cabo esta reedificación? ¿Bajo qué auspicios se realiza...

simas donaciones, de que no pareció tener exacta noticia el diligente Pulgar, fué, pues, considerada no ya sólo la antigua capital de los *Campes góticos*, sino también su destruida diócesis enal propiedad de la iglesia de San Salvador de Oviedo y patrimonio de sus obispos.

No osaron éstos, sin embargo, poner mano por entonces en la repoblación de la famosa *Pallantia*, vencidos, sin duda, de la imposibilidad de guardarla y defenderla, no aseguradas aún militarmente esas regiones. Un largo siglo trascurre, en efecto, hasta que apoderado D. Sancho, el Mayor, del reino de León y del condado



FIESTAS DEL PILAR EN ZARAGOZA.—EL ROSARIO.

pueblos que la rodean... La explicación de estos hechos, al parecer contradictorios, sólo puede satisfacer siendo realmente histórica, y de ninguna fuente ha de brotar con mayor luz que de su historia interior, y por decirlo así, constitutiva de esa ciudad durante la Edad Media.

II.

No hay para qué advertir, hecha esta indicación, que no pretendo ahora, mi distinguido amigo, importunar la discreta atención de Vd., recordando los grandes merecimientos de la antigua capital de los vascos; ni sus gloriosos triunfos sobre las águilas romanas. Fuera esto notable ofensa hecha á la ilustración de Vd., tan acreditada en todo linaje de estudios históricos y de antigüedad, como va testificando su selecta colección arqueológica; y nada útil produciría por otra parte semejante excursión sobre los tiempos clásicos para la disquisición crítico-histórica, á que la especial fisonomía de Palencia nos convoca. Nadie ignora tampoco que comprendida esta ciudad en la terrible zona que medió por largos siglos entre el imperio musulmán y las monarquías asturiana y leonesa, fué una y otra vez reducida á escombros con tan asoladora saña que sería hoy vano empeño el buscar resto viviente de edificio, ni ves-

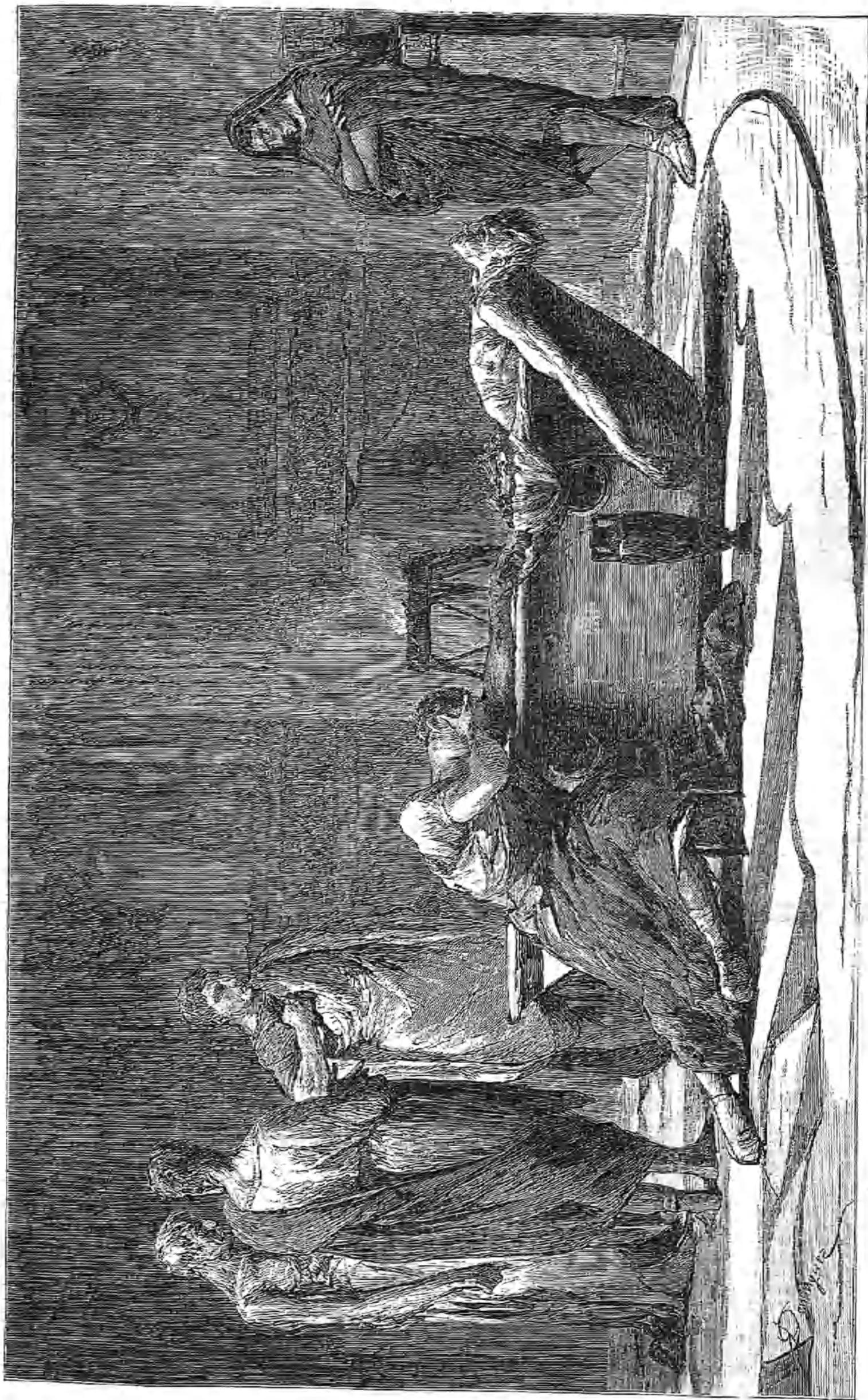
Usted sabe muy bien que desde el momento mismo en que acomete D. Pelayo la obra inmortal de Covadonga, se distingue por extremo entre los guerreros de la Cruz, ya como conquistadores, ya como pobladores de castillos y fortalezas, y al lado de los condes y ricos omes los obispos y prebostes, porque en aquella *guerra de Dios*, "derecho era (según declaraba siglos adelante el legislador) que todos guardasen y defendieran la verdadera fé, y amparasen la tierra de sus enemigos *." Fácilmente recordará Vd. que así en los repartimientos de lo conquistado, como en las donaciones de los reyes, durante los primeros siglos de aquella colosal lucha, cupo á los obispos de Oviedo parte muy granada de los despojos sarracenos, como la tenían también en los consejos áulicos y en las empresas militares. Corriendo ya el año de 905, esto es, en el primer lustro del siglo x, y ocupando la sede ovetense el obispo Gomelo, hacíale Alfonso el Magno copiosísima donación de villas, castillos, monasterios é inmensos territorios en las regiones asentadas desde Astorga hasta el punto en que se juntan el Carrion y el Pisuerga, añadiendo: "Patentiam ítem concedimus, cum sua diócesis". Por esta notabili-

de Castilla, ya por instancia de D. Ponce, obispo de Oviedo, que se le había hecho muy acepto, acompañándole de continuo en sus expediciones bélicas, ya porque á su política conviniera, entregó, según el mismo rey declara, la expresada ciudad para que la restaurase y restituyera á su antigua forma (*antiqua specie reedificandam*), con lo cual pareció confirmar la donación de Alfonso el Magno. Aceptó Ponce el régio encargo, empezando la proyectada reedificación por la fábrica de la Sede é iglesia catedral, empresa á que hubo de contribuir con no poca eficacia el milagro operado por San Antolin en la persona del mismo D. Sancho, el Mayor, como quieren las piadosas tradiciones palentinas. Es lo cierto, mi buen amigo, que á fines de 1034 tenía ya don Ponce construida la basílica, cuya consagración se celebró á principios del siguiente año, con asistencia de D. Sancho, de los magnates áulicos y de otros prebostes y prelados convidados por el obispo ovetense: lo es igualmente, y sobre este punto reclamo con especialidad la ilustrada atención de Vd., que al llamamiento de tan activo prelado habían acudido, al celebrarse aquella sagrada ceremonia, gran número de pobladores, y que éstos se sometían voluntariamente al señorío del obispo y de la nueva iglesia.

No fatigaré el ánimo de Vd., trayéndole á la memoria

* Las Partidas: ley 22, del título vi de la Primera.

* España Sagrada, tomo XXXVII, pág. 323.



EXPOSICION DE BELLAS ARTES.—SECCION DE PINTURA.

MUERTE DE SENECA.—CUADRO DE DON MANUEL DOMINGUES, DIBUJO DEL MISMO.

ni las donaciones que D. Sancho hizo á la restablecida Sede, ni la manera noble y generosa con que D. Ponce, desfilándose aquella mitra, la trasladó á las sienes de D. Bernardo, instituyéndole, con beneplácito del rey, primer obispo de la nueva Era por él inaugurada para la Iglesia palentina. Cúmpleme, sí, fijar el carácter político que desde luego toma esa ciudad, y para ello me ha de permitir Vd. consignar que al conceder D. Sancho su señorío al novísimo prelado y á su Iglesia, hizo con los montes, valles, llanos, ríos, campos y solares, con los diezmos y excusados de la corona, y con todos los privilegios y prerogativas anejas al ejercicio del mero-mixto imperio. Confirmaron, dándole mayor amplitud, este peregrino privilegio, que lleva la fecha de 21 de diciembre de 1035, el primer rey de Castilla, D. Fernando el Grande, su hijo D. Alfonso el Bravo y su biznieto, el emperador Alfonso VII: por manera que Palencia, semejante en esto á las ciudades que por aquellos tiempos se erigían en Alemania, renació bajo las alas del episcopado alrededor de su Iglesia catedral; creció bajo el señorío de su obispo y cabildo, en cuyo nombre se ejercía la justicia; y exenta de otra dominación é influencia política, sabía en breve plazo á un grado de prosperidad inasitado. ¿Podían, en vista de todo esto, sus monumentos arquitectónicos; podían las moradas de sus pobladores reflejar acaso otro diferente estado social y político?...

III.

Perdóneme Vd., mi bondadoso amigo, si no sigó aquí paso á paso los que determinaron el prodigioso engrandecimiento de esa su ciudad nativa, hasta fines del siglo XII, época en que cesó la corona Alfonso VIII. Atraídos al recinto de sus muros nuevos pobladores, entre los cuales se contaron no escaso número de judíos y de moros, cuyo señorío cedía también aquel príncipe en 1178 al obispo y cabildo, fueron ya las referidas murallas insuficientes para contener la población allí aglomerada; y andando el año de 1190, extendiase ésta sobre la orilla izquierda del Corrión hasta describir la actual calle Mayor y abarcar el barrio de la Puebla, con lo cual se duplicaba el ámbito de la Palencia del obispo D. Ponce. Nuevos y más fuertes muros, bastecidos de robustos torreones y propugnáculos, encerraron segunda vez á sus moradores: dueño el cabildo de la parte recientemente edificada, instituyó en ella un juez ó merino, para que con el mayor y los alcaldes ordinarios, que ejercían la potestad del obispo, administrasen justicia; y por que el crecimiento é importancia de la ciudad entera lo aconsejaban, estableció el citado rey D. Alfonso, ya en 1195, ciertos alcaldes de hermandad, *bonos homines*, (decía), *qui querellas hominum Palentiae... emendent*.

La ciudad, fundada y engrandecida por la clerecía, había, pues, atraído sobre sí las miradas del rey de Leon y de Castilla, y una nueva política comenzaba á brillar en su horizonte; el futuro vencedor de las Navas atendía al propio tiempo á ennoblecirla con la creación de aquellos famosos «Estudios generales», que por no hallar el terreno convenientemente preparado, pasaban como rapidísimo meteoro (1208 á 1243). ¿Halló la política de este gran rey, en órden á Palencia, imitadores?

No ha sido, por desdicha, extremada la diligencia de los cronistas y eruditos de esa provincia para ilustrarnos en esta parte de su historia local, sin duda no menos importante que otra cualquiera. Mas cuando vemos á los ciudadanos de Palencia renovar la gloria de las Navas bajo los pendones de Fernando III, en sus felices empresas de la Extremadura occidental; cuando contemplamos á su Concejo recibiendo demandas del rey Sabio en 1256 uno de los primeros ejemplares del *Fuero Real*, que sustituyó con popular aplauso las constituciones otorgadas por los obispos para gobierno del municipio; y cuando sabemos que ya en 1270 concedía el mismo Alfonso X la condición y franqueza de la caballería á los vecinos de la ciudad de D. Ponce que acudieran al alarde real, armados y en caballos de guerra, no creo, mi excelente amigo, que haya motivo para dudar de que aquella política, iniciada por el vencedor de Muradal, fué infocunda respecto del suelo palentino, como no lo fué tampoco para todos los dominios de Castilla, ora se refiriese á las ciudades y villas señoreadas por la nobleza, ora á las que reconocían el dominio de la clerecía. Palencia miró por tanto levantarse, dentro de sus muros y al frente del poder episcopal, el poder creciente de su Concejo, aspirando á deshechar toda tutela y á recabar para sí con varonil esfuerzo la misma libertad que otras municipalidades gozaban al amparo de la corona. La lucha á que este hecho daba lugar era inevitable, y no lucha de un día.

Nadie ignora, en efecto, que la historia de Palencia, así como aparece esmaltada de gloriosos hechos, en que

resplandecen la lealtad y el generoso aliento de sus ciudadanos, también se muestra salpicada de sangre fraternal, á la cual llegaba á mezclarse, con asombro y escándalo de Castilla, la sangre de sus propios prelados. ¿Cosa rara, en verdad, y digna de maduro examen!... Mientras el elemento teocrático y el elemento popular, representado en el Concejo, se libraban las más reñidas y tan sangrientas batallas dentro de las murallas palentinas, mostrábanse más de una vez ulero y pueblo unidos como un solo hombre para rechazar á los enemigos comunes, probando así que la diferencia que existía entre ellos intestinas discordias, era altamente social y política y de aquellas que tienen difícil avenimiento y compostura. Doscientos treinta y dos años se hubieron menester para que el Concejo de Palencia, llegado el día 29 de mayo de 1422, anunciara á sus ciudadanos la alta honra alcanzada por la capital de tierra de Campos, obteniendo por sí voz y voto en las Cortes del reino: el obispo y cabildo eclesiástico contradecían, no obstante, con la esperanza y energía de antiguos señores, aquella regia concesión que emancipaba del todo á Palencia de su primitiva tutela; y sólo entraba en la quieta posesión de tan preciosas prerogativas, tras muy repetidos esfuerzos, á cuyo buen éxito ayudaba por ventura la fortuita decadencia de aquel episcopado, destruida del todo su muy floreciente Sinagoga *.

Ahora bien: meditando sobre el conjunto de todos estos hechos y considerando la influencia que irremediablemente debieron ejercer en la vida de la ciudad y pueblo de Palencia, ¿parecerá ya acaso extraordinario fenómeno, y no un hecho natural y sencillo, el que no revele en la masa general de sus edificios la fuerza, el poder, la preponderancia y el orgullo de la aristocracia castellana? Palencia había comenzado siendo una ciudad del todo clerical y acababa por ser una ciudad democrática. Los monumentos que pregaron un día el poderío de sus prelados y las construcciones que revelaban sucesivamente el bienestar y las crecientes esperanzas de sus ciudadanos, nada tenían de común con los alcázares de los magnates, mitad palacios y mitad casas fuertes, erigidos al propio tiempo para defensa personal y para lisonja de su arrogante grandeza. Hé aquí, mi excelente amigo, cómo sin otra habla que la de su muda y llana, pero ingenua elocuencia, sin otro libro que el de sus carcomidas páginas de piedra y de ladrillo, ministra esa ciudad á quien la interroga, como arqueólogo, toda una historia, excepcional sin duda entre las demás ciudades castellanas que la rodean, mas no menos honrosa por cierto, ni menos digna de admiración de doctos é ignoantes. Su aspecto general basta á comprobar el principio, ya axiomático en la ciencia arqueológica, de que los monumentos, cualesquiera que sean la civilización y el arte que los produzcan, son vivo espejo de la privativa y creciente cultura de los pueblos. No lleve Vd. á mal, si teniéndole ya tan fatigado con la lectura de esta carta, que se ha hecho tal vez demasiado prolija, remito á la siguiente el intentar análoga prueba, con el estudio individual, aunque somero, de los monumentos palentinos.

Quedo entretanto á las órdenes de Vd. su muy devoto amigo y eficaz servidor Q. E. S. M.,

José AMADOR DE LOS RÍOS.

Madrid 15 de setiembre de 1871.

UNA VISITA Á LAS OBRAS DEL PUERTO

DE CARTAGENA.

Las obras de ensanche y mejora del puerto de Cartagena fueron contratadas en pública subasta que se celebró el 29 de marzo de 1867, corriendo su ejecución por la suma de 32.000.000 reales, á cargo de la Sociedad constructora Angoitia y Compañía, que ántes había acometido y realizado importantes empresas en el puerto de Gijón y en el ferrocarril de Bilbao; consisten las que vamos á describir en dos rompe-olas denominados de Carra y Navidad, cuya longitud es de 800 y 150 metros respectivamente, en un muelle de carga y descarga de

* Si esto no poder extenderse aquí sobre todas y cada una de estas indicaciones: Recomendando á Vd. y á los eruditos palentinos que quisieran estudiar esta parte interesantísima de su historia, el estudio de los *Libros de Acuerdos* del antiguo Concejo, que emplean en el citado año de 1422, y sobre todos el primero, en que se copian las numerosas actas relativas al asunto de la representación en Cortes y someramente absoluta de los merinos y alcaldes de la ciudad. El último punto lo trato documentalmente en mi *Historia social, política y religiosa de las Indias de España y Portugal*, que espera oportuna ocasión de ver la luz pública.

más de 700 metros de largo con ocho de calado, y en un dragado general que deberá dejar al puerto con igual fondo mínimo que el asignado al muelle comercial.

Con una actividad desusada en nuestro país dióse principio á la explotación de canteras y á la construcción de talleres, de las obras auxiliares, de los edificios y de los poderosos muros que habían de contener el terraplen hecho á orillas del mar, de modo que en setiembre de 1867 obtuvo ya la empresa, si no estamos equivocados, el primer certificado por obras ejecutadas, y continuó desarrollando otras en gran escala hasta el verano de 1868 en que se inició la reforma del proyecto de rompe-olas, cuyo proyecto fué sustituido por el que hoy se ejecuta y del cual nos ocuparemos brevemente.

Con arreglo al plan primitivo los diques ó rompe-olas consistían en un banco bajo de escollera, ó piedra suelta, que ascendiendo desde el fondo del mar subía ocho metros sobre su nivel; en este punto nacían dos muros paralelos de 15 metros de altura, que formaban las dos caras del dique y se componían de bloques artificiales, rellenándose su interior con escollera para que realicase el andén superior. Hallábase ya terminada, en junio de 1868, la base de la escollera, cuando el celoso é inteligente ingeniero D. José Rodríguez Acerete observó que el fondo natural en que se apoyaba la escollera cedía á su peso, y que era por esto indispensable reemplazar los muros verticales con otro sistema menos oneroso y á peligrosos accidentes; para obtener estos resultados imaginó un sistema de colocación de bloques, que impropriadamente se llaman arrojados, y está reducido á defender el talud exterior de la escollera hasta ocho metros bajo el nivel del mar por medio de bloques artificiales; estos se colocan formando dos capas, en la inferior puestos de plano directamente sobre la escollera, y en la superior con una inclinación de 45 grados próximamente, y de manera que cada uno de los bloques se apoye sobre el extremo del anterior y una de las caras laterales del inferior, con lo cual quedan todos ellos perfectamente sujetos y resistiendo en conjunto á los esfuerzos que desarrollan las olas al romper sobre el dique, no trabajando estas en cada uno, como sucede en la colocación que de ordinario se les da. Estas indicaciones bastarán para que desde luego comprendan nuestros lectores que los bloques así dispuestos no presentan á la rompiente del mar un plano continuo, sino que cada uno de ellos forma un saliente que debilita y quiebra la acción de la ola anulando la resaca. Además, en contacto con el núcleo central de escollera, hay un bloque artificial continuo, construido sobre el sílo, que tiene los mismos 800 metros de largo que el dique; después de éste otra fila de bloques, hechos también en el sílo, de 12 metros cúbicos cada uno, y encima de ambos ha de construirse una serie de bloques de iguales dimensiones, que quedarán coronados por un parapeto de hornogón que comprende toda la extensión del dique. Esta felicísima reforma del primitivo proyecto aleja el peligro de toda funesta contrariedad y da al rompe-olas una seguridad incontestable, pues aun en el desgraciado é improbable caso de un siniestro, los bloques artificiales se correrían y vendrían á defender el banco bajo de escollera, rellenándose fácilmente con otros los espacios vacíos que resultarían en un movimiento de esta naturaleza.

También el plan del muelle comercial, que consistía en un banco bajo de escollera y encima un muro ó paramento vertical de bloques artificiales, ha sido hábilmente reformado por el referido ingeniero Sr. Rodríguez Acerete, al cual ha dispuesto que los bloques arranquen desde el terreno firme á ocho metros de calado.

Nada diremos del dragado, que tiene por objeto dar al puerto la profundidad mínima de ocho metros, pero dedicaremos algunas líneas para referir lo que más llamó nuestra atención al visitar las magníficas obras que nos hemos propuesto reseñar.

Es curioso, y merece verse, la operación de arrojar la piedra de las gabarras ó grandes barcazas, las cuales llevan, en sus plantas cubiertas, de 60 á 100 toneladas métricas de escollera; al cargar las gabarras se cuida de que queden perfectamente equilibradas por ambos costados, y en uno de ellos se colocan cuatro ó cinco piedras de gran tamaño que en el momento oportuno son lanzadas al mar por medio de palancas, dando lugar á que la falta de peso en un lado incline bruscamente la barcaza al otro, por el que instantáneamente se corten y sepultan las piedras en el agua; acto continuo sobreviene una reacción que produce una serie de violentos balances tan bien estudiados que admira el equilibrio que conserva la tripulación y que no sean posibles desgracias de ninguna especie, como lo ha acreditado la experiencia, pues hasta hoy no hay que lamentar ni la más pequeña.

La construcción de bloques ó piedras artificiales se hace en un taller ó era, procediéndose con el orden siguiente: puesta en movimiento una máquina de vapor, comunica su fuerza á dos amasadoras de hierro en las que se hace el mortero, compuesto de cal hidráulica y arena, que transportan hasta allí los wagones; la mezcla se obtiene mecánicamente por medio de grandes ruedas que giran dentro de las amasadoras, y una vez hecha se abren varias compuertas de que aquellas están provistas, y cae la argamasa á otro wagon que la conduce por un plano inclinado á un andamiaje desde donde va á depositarse, lo mismo que la piedra machacada, á unas hormigueras cilíndricas de hierro dentro de las cuales se verifica su mezcla por la rotación que las imprime la máquina de vapor; el plano inclinado recibe movimiento de la misma máquina; las hormigueras son transportadas en carretillas, que circulan sobre rails, al sitio en que está armado el molde del bloque y donde tiene lugar el apisonamiento.

Las dimensiones de un bloque son cuatro metros de largo por uno y medio de ancho é idéntico alto, que forman un cubo de nueve metros; su peso aproximado 23.000 kilogramos.

Á los noventa días de secadero los bloques presentan el aspecto y condiciones de la piedra natural, y entonces, útiles ya para su empleo y abrazados por fuertes cadenas, se suspenden de un wagon de forma apropiada que los traslada colgados hasta depositarlos en otro que, movido por el vapor, los lleva al cargadero; allí el mismo agente los levanta hasta dejar salir el wagon y los coloca en la gabarra. Un barco dotado de una potente cubría los deposita en el fondo del mar con toda la simetría apetecible bajo la dirección de buenos buzos.

Desearnos vivamente que estas importantísimas obras, de las que apenas nos hemos ocupado en esta breve reseña, lleguen pronto á feliz término, pues han de influir no poco en el fomento del comercio de Cartagena; ya hemos sabido con satisfacción, y así nos lo dijeron en nuestra visita á aquella ciudad, que la empresa de las mensajerías francesas que desde Marsella van á Argel, ha dispuesto que muy pronto comiencen sus buques á hacer escala en Cartagena. No hay para qué encarecer la trascendencia de este primer paso que abre nuevos horizontes al comercio de aquella plaza, á la que en un día no lejano afluirán en gran número los viajeros y las mercancías que se dirigen desde Francia á Argel, aludencia que dará también animación al ferrocarril que une á Cartagena con Albacete y Madrid.

X.

FUENTE MONUMENTAL Á ZARAGOZA.

Con el presente número de LA ILUSTRACION DE MADRID damos publicación á una de las obras notables que figuran en la Exposición, en su sección de arquitectura, donde hemos visto el artístico proyecto de Fuente monumental conmemorativa de los gloriosos sitios de Zaragoza, dibujado el conjunto y necesarios detalles en seis hojas de papel, por el joven artista don Miguel Martínez Ginesta.

Este proyecto, premiado ya en la Escuela superior de Arquitectura, consta principalmente de dos partes: una, el monumento á los héroes de Zaragoza; y la otra, la fuente. Procuraremos describirlo razonadamente, aunque de una manera general, en obsequio de nuestros constantes lectores.

El monumento está formado por un cuerpo prismático octógono, colocado en el centro de la fuente. Sus ocho esquinas ó aristas están robustecidas por sendas pilastras, que sirven de contrafuertes á los ocho muros del prisma, y reciben además, sobre un severo capitel, los modillones de la cornisa, la que á su vez tiene otros ocho pedestales en correspondencia con las mencionadas pilastras.

En los pedestales están las estatuas de Agustina de Aragón, de Jorge Ibort (el tío Jorge), de Palafox, de la condesa de Bursta, del brigadier Quadros, la del P. Lacasa, etc., etc., hasta ocho, de los principales héroes de la Independencia.

En la elección de las estatuas ha procurado el autor no dar al monumento carácter político en favor de éste ó el otro partido político, porque la misión del arte siempre debe ser noble é inspirarse en asuntos dignos de admiración, como es el perpetuar el amor patrio en piedra y mármoles, dispuestos convenientemente para que la belleza de sus formas impresione agradablemente nuestra alma. Fundado en estas razones, y rindiendo tributo á la verdad histórica, ha dado cabida, reunién-

dolos convenientemente, á los héroes del pueblo, de la aristocracia, del ejército y del clero, para conmemorar las hazañas de todos los españoles que lucharon por la libertad é independencia de su patria.

Las estatuas de Agustina y de la condesa están correctamente dibujadas con sencillos y clásicos trajes. La actitud de la primera es con una bandera y extendido el brazo, en posición de prender fuego al cañón.

La segunda está en actitud de aringar á la defensa de la patria. La estatua de Jorge lleva el traje aragonés; pero con capa ceñida al cuerpo, para darle carácter más verdadero y estatuario. La de Palafox, de capitán general, llevando en la siniestra mano una bandera y empuñando en la diestra la espada.

El espacio que media entre los pedestales está ocupado por unos elegantes frontoncillos, donde campean las armas de Zaragoza. Sobre el cuerpo prismático, una superficie cónica sirve de cubierta y de transición del prisma á un pedestal cilíndrico, decorado con cuatro victorias, que teniendo en sus manos unas coronas, están como en actitud de coronar á los héroes de la Independencia, y á la vez, por estar esculpidas en el pedestal cilíndrico, simbolizan y muestran ser el fundamento de la gloria de Zaragoza, representada por una estatua colosal, que colocada sobre aquel pedestal y con una espada alzada, parece evocar al recuerdo de sus gloriosos sitios.

Tal es, bosquejada á grandes rasgos, la idea general del monumento: la de la fuente, la expresa el Sr. Ginesta en esta forma:

En cada uno de los ocho muros que forman el monumento, están grabados debajo del friso general los nombres de los héroes y las célebres palabras de Palafox: *Zaragoza no se rinde*, etc., etc. Halláanse comprendidas estas inscripciones dentro de unos marcos tan sencillos como originales, pues se reducen á cuatro estrias y dos lanzas que forman un rectángulo á la manera de los cartales para letreros. Debajo de éstos comienza á anunciarse la fuente por ocho cabezas de león que arrojan el agua, formando, no un mero surtidor, sino una superficie cónica de aqual líquido, que va á verterse en tazas semi-circulares, y de aquí á un pilón ó depósito. Las esbeltas tazas se hallan sostenidas por columnas sencillísimas y de contornos puros. En las superficies aparentes del monumento y las del agua hay la armonía, condición indispensable en la unidad y variedad que debe tener toda obra bella.

Por último, lo más alegórico del proyecto y que más llama justamente la atención, es el haber puesto delante de las columnas, en el mismo pedestal y bajo las tazas, ocho robustos granaderos franceses, cruzados de brazos, con la cabeza algo caída y con dignidad, como significando la humillación de su orgullo guerrero ante el valor de los héroes zaragozanos.

Las figuras de los franceses colocadas al pié del monumento, y las de los héroes en su cornisa, expresan, en el lenguaje mudo y elocuente del arte, la idea de la altura á que llegaron nuestros valerosos antepasados en su gloriosa lucha con el capitan del siglo. Por fin, en el pilón ó taza grande en que están las estatuas de los granaderos franceses se hallan colocadas aisladamente en cuatro puntos, otras tantas columnas de mármol blanco, artísticamente decoradas, sirviendo de sostén á cuatro famas que anuncian á las cuatro partes del mundo las glorias que conmemora la fuente.

Todo el agua viene á verterse en el gran pilón, donde cuatro tritones en caballos marinos arrojan elevados surtidores verticales, formando la base general de todo el proyecto. Además rodean el monumento ocho grandes y preciosos candelabros de hierro fundido, cada uno con nueve luces, ocho de ellas protegidas por bombas de cristal (alegóricas de las de los sitios), y resguardado su mechero más alto por un farol elegante y sencillo. La colocación de los candelabros es en el mismo muro del gran pilón general, lo que haría que en días de solemnidad nacional estuviere iluminada toda la fuente, dándole un aspecto más bello y grandioso.

El estudio de la cañería y de las necesarias construcciones subterráneas está resuelto, clara y sencillamente, conforme á los principios científicos de la hidráulica.

Las dimensiones del proyecto son grandiosas, pues tiene de altura más de 22 metros y el diámetro del gran pilón de la base tiene 20 metros. Tiene estas proporciones para que realmente produjera el efecto del sublime en arquitectura, y por esto son grandes las dimensiones, tienen sencillas las superficies y hay rectitud y continuidad en las líneas.

La belleza arquitectónica exige la conformidad de la idea grandiosa y moral que expresa, con las dimensiones grandiosas de la construcción. Además requiere que haya originalidad en el carácter de la obra artística;

en una palabra, que despierte en nosotros la idea de fuerza en la grandiosidad de la composición.

Tales son las condiciones que necesita toda obra monumental, y que creemos ha tenido en cuenta el autor de este proyecto.

Z.

La abundancia de original no nos ha permitido, con gran pesar nuestro, publicar hasta hoy la signficativa eruditísima carta.—LA REDACCION.

RAMON LULL (RAIMUNDO LULIO)

CONSIDERADO COMO ALQUIMISTA.

CONTESTACION AL SEÑOR DON JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

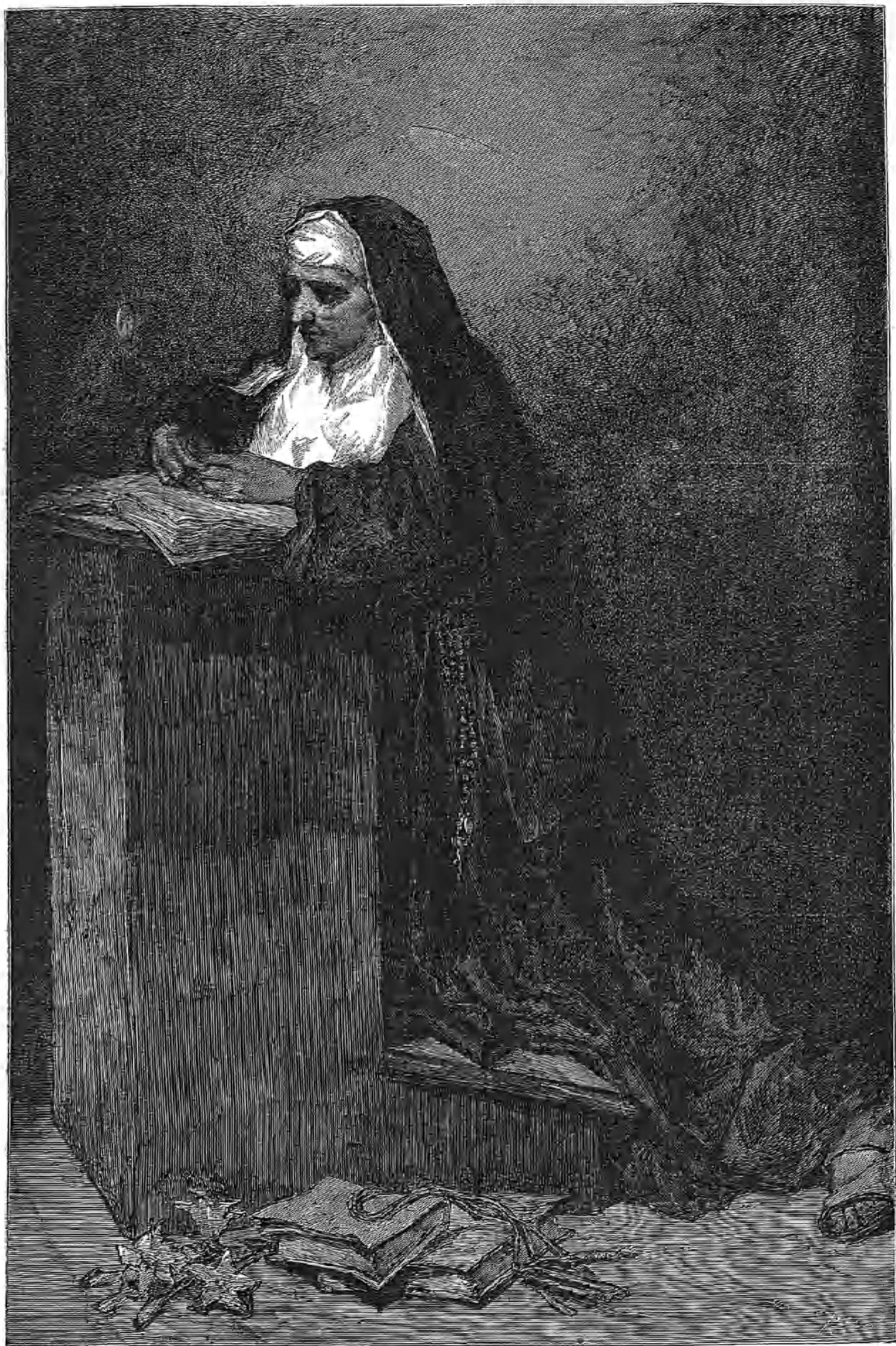
Barcelona, 6 de abril de 1874.

Muy señor mío y de mi mayor estimación: Pues ha llegado á sus manos con la oportunidad debida la carta en que le decía el motivo que aplazó mi respuesta á la muy estimada de Vd. fecha del 20 de abril del año anterior, voy en esta á satisfacerle hasta donde alcance mi limitada suficiencia, empezando por agradecer muy de veras el juicio harto lisonjero para mí, viniendo de tan docta persona, con que se ha servido favorecer el discurso acerca de *Ramon Lull (Raimundo Lulio) considerado como alquimista*, que lei el día de mi recepción en la Academia de Ciencias Naturales y Artes de Barcelona.

Era asunto de controversia y estaba por demás enmarañado y oscuro; así que, aun despues de poner fin á mi tarea, no abrigaba la confianza de haberlo esclarecido bastante para que toda duda quedase desvanecida. Mas ya que Vd. y algunos amigos, de bien probada literatura, han concedido á mi trabajo una estimación á la que yo no aspiraba, tengo por un deber el mostrarme reconocido, y para con Vd. el no ménos imprescindible de contestar á las preguntas que me dirige, suponiéndome con sobrada benevolencia muy versado en tales materias. Suplícale he que modifique este concepto y que tome lo escrito sobre Ramon Lull como entretenimientos del ocio, ya que no pueda ser descanso de más provechosos estudios.

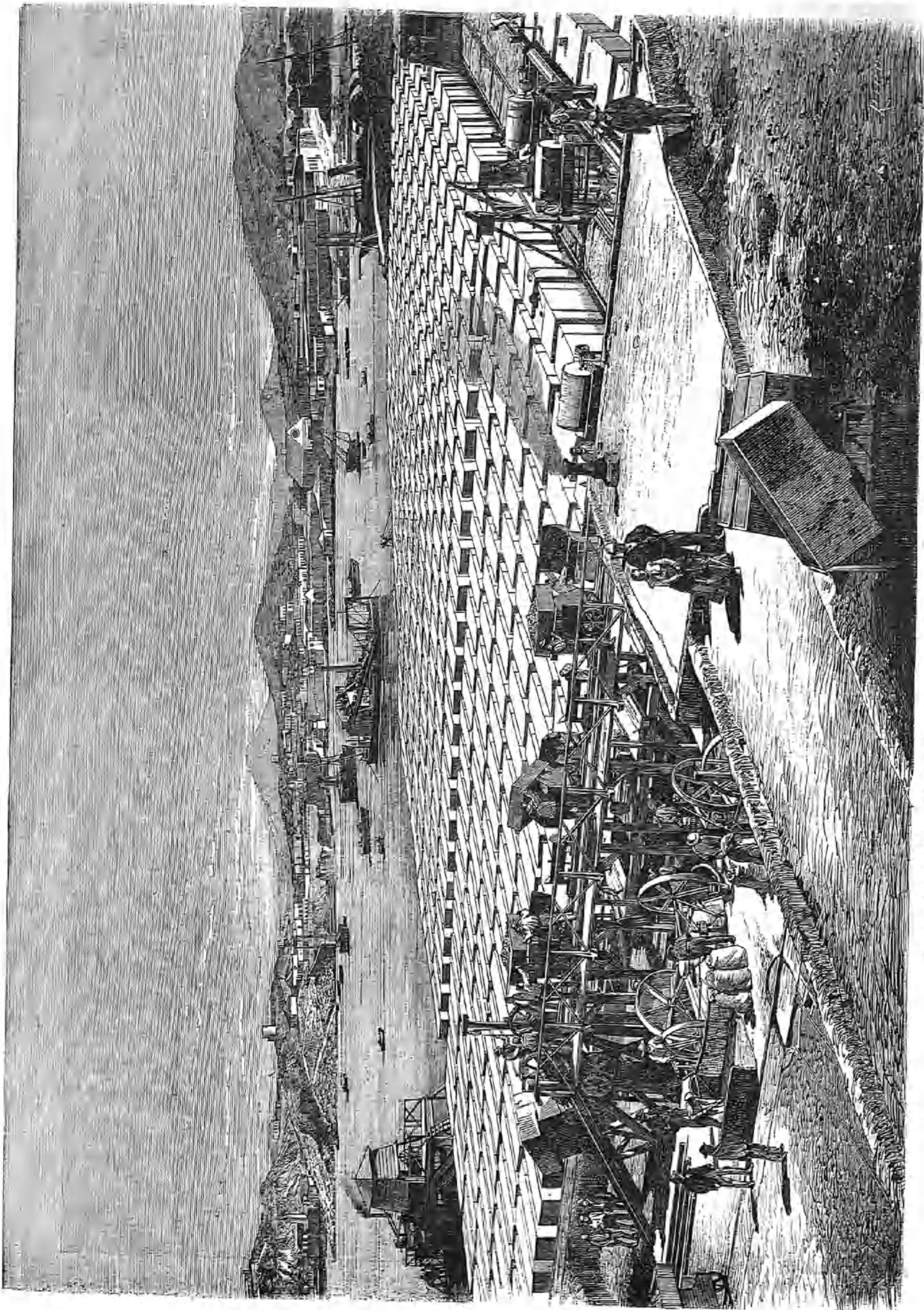
Halla Vd. gran conformidad entre la crítica del *Libro del Tesoro*, atribuido sin razon á D. Alfonso el Sabio, que hizo Vd. en el tomo III de su *Historia de la literatura española*, y el orden con que yo amplíe la mía para despojar á Raimundo Lulio del título de alquimista, recomendándole la lectura de lo expuesto en su obra citada acerca del libro mencionado. Despues de la satisfacción que he sentido al reparar en nuestro acuerdo, dime prius á leer de nuevo las páginas que Vd. me señala con tanto más gusto cuanto desde muy atrás recordaba de la autenticidad de aquel tratado, cuyas primeras noticias recogí, siendo muy mozo, en la introducción á las *Poesías castellanas anteriores al siglo XV*, publicadas por D. Tomás Antonio Sanchez, quien, como usted dice, tuvo á la vista el códice de la Biblioteca nacional, el mismo que recientemente viene apuntado en el *Catálogo de una biblioteca de libros raros y curiosos* de D. Bartolomé José Gallardo. Con igual empeño volví á repasar el *Libro del Tesoro*, tal como Vd. lo publica, sacado del manuscrito sevillano, porque noto en esta la circunstancia de no hacer mención de la parte alfrada, que Sanchez y Gallardo no acertaron á interpretar. Y por cierto que del sentido de algunas estrofas infero que, á vuelta de muchas palabras ociosas, se describen algunas operaciones químicas, como sucede en las octavas diezisiete y siguientes hasta la veintiséis, en las que se explica, á mi entender, la fijación del azogue (mercurio), es decir, su conversión en un cuerpo sólido, terroso y pulverulento, que toma un color rojo carmesí cuando está caliente y se vuelve anaranjado despues de frío. Semejante preparación no era nueva en tiempo de don Alfonso, pues que está descrita con detalles algo parecidos á los que en el *Libro del Tesoro* se refieren, en la obra del árabe Gebez titulada: *Sunan Perfeccion*.

Bien ha hecho Vd. en advertirme que pare oientes en lo que el rey D. Alfonso escribió contra la alquimia, cuando la daban por ciencia verdadera los sitios de mayor nombradía; mas como no llevaré Vd. á mal que yo realzame para el filósofo mallorquín igual merecimiento; siendo, por otra parte, aquella opinión tan general en España, salvo muy pocas excepciones, que *Lenglet Dufrénoy* lo declara así en la *Histoire de la Philosophie hermetique*. «Los españoles», dice, siempre «sábios y circospectos, se han dedicado á la Ciencia hermetica mucho ménos que los filósofos de otras naciones;» y concluye asegurando, «que en España sólo «hubo dos alquimistas verdaderos, que fueron Raimun-



EXPOSICION DE BELLAS ARTES.—SECCION DE PINTURA.

SANTA CLARA.—CUADRO DE DON FRANCISCO DOMINGO, DIBUJO DEL MISMO.



OBRA DEL PUERTO DE CARTAGENA.—FABRICACION DE BLOQUES ARTIFICIALES.

do Lullio y D. Diego Alvarez de Obican, comentador de Arnaldo de Villanueva.

Suspiendo aquí esta digresión, que me aparta del objeto que hoy me propongo, para tomar en cuenta las tres conclusiones que resumen el contenido de la carta con que Vd. se ha servido honrarme.

Es la primera, "que Ramon Lull ganó gran reputación de alquimista." Empeño vano sería negarlo, y porque alcanzó tanto renombre quise averiguar su fundamento; pero cuanto más leía, ora en los escritos verdaderos del sabio mallorquín, ora en los que se le atribuyen, más se arraigaba en mí el convencimiento de que no merecía el beato mártir aquel dictado. De esta persuasión nació la idea de apurar la verdad, y cómo y hasta dónde lo conseguí Vd. lo sabe; pero no se me oculta que habrá quienes sientan escrúpulos en borrar al beato mártir del número de los iniciados.

Aparece como un hecho extraño, que procuraré explicar seguidamente, ver citado entre los alquimistas á Raimundo Lullio pocos años después de su muerte. Conoce usted mejor que yo el *Roman de la Rose* que empezó á escribir Guillermo de Lorris y continuó Juan de Meun (1310) y siguientes hasta 1350), y acaso recuerde los versos en que hace mención de nuestro compatriota, en el tratado titulado: *Les Remontrances de nature á l'Alchimiste errant*:

*Si fait Villanove et Raymon
Qui en font un noble sermon
Si Morren le bon Raimon
Qui sagement y mit la main.*

con los cuales se testifica la fama de que ya entonces gozaba el sabio mallorquín. Mucho he meditado sobre esto, con el fin de acordar el juicio que yo había formado leyendo las obras de Lull y lo que naturalmente se infiere del pasaje transcrito. ¿Cómo es posible, dirán algunos, que Juan de Meun, casi coetáneo de Raimundo, le atribuyese una ciencia que no poseía? ¿Será que condenando Lullio la alquimia públicamente en los escritos filosóficos, se consagraba á ella en secreto para evitar las persecuciones y riesgos que más de una vez sufrieron los que se proclamaban iniciados en la ciencia hermética? Ninguno que haya leído las obras de Ramon Lull puede aceptar esta última conjetura, y presumo que la verdadera clave del enigma se hallará sin trabajo recorriendo á la historia de la alquimia.

Habia en los tiempos de Raimundo Lullio un abad de Westminster, tan dado á las operaciones de la crisopeya, que dióse consumió en ellas infructuosamente treinta años de su vida. Evaporó, calcinó, destiló sin provecho; y rindió á la fatiga, mas no desengañado de la ineficacia de sus trabajos, dióse á viajar por Europa con tan buena suerte, que tropezó en Italia, cuando ménos lo esperaba, con nuestro compatriota. Hizo con él amistad íntima; llevóle consigo á Inglaterra, y hospedándole en su abadía, pusole en relaciones con Eduardo III, quien le encargó más tarde en la torre de Londres para obligarle á trabajar en la transmutación de los metales. El abad de Westminster llamábase Juan Cremer, célebre alquimista del siglo XIV, que dejó escrita esta relación y la no ménos inverosímil de las Rosas nobles en una obra de alquimia que tituló *El Testamento*. ¿No le parece á Vd. probable que la narración de Cremer hubiese dado pie á la fama que desde entonces adquirió entre los adeptos al filósofo de Mallorca?

En la conclusión segunda confirma Vd. lo que yo procuré demostrar, esto es: "que Raimundo Lullio protestó contra los que en su tiempo ejercían la alquimia, fundado en la doctrina de que no se tramita y trueca en otra una especie dada." Complacido quedo de que las pruebas aducidas le parezcan á Vd. suficientes; y pues nuestras opiniones están conformes en este punto, no hay para qué insistir sobre él.

He llegado á la tercera conclusión, acerca de la cual me pide Vd. aclaraciones en tan cortés lenguaje, que sería grave falta negárselas, aunque tuviera que imponerme nuevas tareas para cumplir su deseo.

Afortunadamente el mismo beato mártir escribió en términos que conño han de bastar para que Vd. deseché la incertidumbre que abriga sobre sí "Raimundo Lullio, apesar de esta creencia (la de no transmutarse las especies) fundada en la razón natural, admitió como un hecho práctico, aunque de poco efecto, la amelioración de los metales (la plata)."

Aunque espero que Vd. modificará su juicio con la lectura de los textos que me propongo transcribir, quieró dejar ántes sentado, como una conjetura probable, que si en el siglo XIV se hubiera conocido la naturaleza simple de los metales, ni aun en hipótesis hubiese dicho el beato mártir que "si alguna vez se consigue dar á la plata el color, el peso y el sonido del oro, hoc fit imperfecte, quia perfecte non potest fieri." (Y cómo se

consigue, me replicará Vd., dar á la plata el color, el peso y el sonido del oro) De las mismas palabras de Lull se echa de ver que en aquellas transmutaciones no se alcanzaba la perfección debida, y que entraban por mucho la habilidad y cierto conocimiento de las ligas ó aleaciones metálicas, entre las cuales hay algunas que bienen las apariencias de la plata. Es esto tan cierto, que uno de los procedimientos de Geber para convertir el cobre en plata, consiste en ligarlo con el arsénico, y todos los químicos saben que por este medio se prepara una aleación blanca y argentina que puede servir muy bien para engañar á los ignorantes. Tampoco cabe admitir que el oro y la plata obtenidos por arteificio, según Ramon Lull los cita en alguna de sus obras (*Questiones per artem demonstrativam et insensitivam solubiles*), sean los metales verdaderos; y por eso dice de ellos que *brevi tempore in corruptionem perveniunt*.

Que se hacen aleaciones ó ligas que tienen el color y el timbre del oro, es cosa bien sabida y no ignorada de los alquimistas, cuyos trabajos prueban su pericia en esta arte. Ni dejaban de emplear el oro para sus operaciones, bastándoles en muchos casos rebajar la ley marcada para conseguir su objeto.

De ésta suerte procedía en el siglo último el famoso Delisle, que entretuvo la credulidad pública durante los años que residió en el castillo de San Auban, ocupado en convertir los clavos y otros útiles de hierro en oro y haciendo prodigiosas transmutaciones. Mas la calidad del metal fabricado por Delisle era tan inferior, que el jefe de la casa de moneda de Lion informaba sobre él en los términos siguientes: "Queriendo fundir y amonedar el oro remitido por el señor de San Mauricio, se le halló tan agrio que no fué posible trabajarlo." Añadiré á lo dicho, que Delisle llegó á convencer de su arte á personas erigidas en dignidad eclesiástica y á otras de elevada posición social, hasta que por último le encerraron en la Bastilla, como á embaidor y falsario. Cuando esto sucedía en los principios del siglo XVIII, deberá parecerse extraño que cuatrocientos años ántes se diese algún asenso á la posibilidad de mejorar las calidades de los metales preciosos? Recordaré también que en aquellos tiempos y en otros muy posteriores se creía que los metales eran sustancias compuestas, y de aquí la esperanza de transmutarlos combinando, imitación, decían, de los agentes naturales, lo húmedo y lo seco, lo frío y lo caliente, ó según otros principios, destruyendo lo tórreo y sulfúreo para que predominase lo metálico, que con esta depuración podían llegar á convertirse en oro, llamado al rey de los metales por ser el más perfecto de todos ellos.

Después de lo dicho, todavía no me persuado que Ramon Lull se inclinase á esta doctrina, y más bien opino que en ningún tiempo la dió crédito. Es verdad que en el *Arbol elemental* representa el caos, de donde salen los cuatro elementos de la escuela aristotélica, que concurren á formar los elementados ó compuestos; pero lo concluyente para mí propósito es que en ningún pasaje afirma sea dado cambiar, ni siquiera modificar, la naturaleza de las sustancias.

Tanta insistencia en conservar á cada especie todo lo que es en ella substancial y accidental, prueba muy á las claras la firme convicción con que proclamaba su inalterabilidad y firmeza.

Una objeción queda por desvanecer, y es la relativa al peso del oro preparado por arteificio que, según Lull, puede alguna vez igualarse al del oro verdadero. Para que este aserto tuviera el valor que hoy se le concede, era preciso demostrar que en aquellos remotos tiempos se aplicaba el principio llamado de Arquímedes para determinar el peso relativo de los diferentes cuerpos comparados en igual volumen, y es notorio que semejante medio no estaba en práctica entónces, de donde resultaba que toda liga ó aleación que tenía el aspecto de la plata ó del oro, y cuyo peso específico no se diferenciaba mucho del de estos metales, corría entre ciertas gantas como plata ó oro verdaderos.

No quiero cansar la atención de Vd. refiriéndole las habilidades, los golpes de destreza y otras malas artes de los alquimistas, que el Sr. Geoffroy denunció ante la Academia real de Ciencias de Francia en 16 de abril de 1722, por más que vayan en confirmación de lo que yo entiendo; pero no omitiré consignar que Lull miraba las sustancias metálicas como cuerpos compuestos de forma, materia y de ciertos principios innatos que constituyen su individualidad, según naturaleza. Así lo afirma sin rodeos en el *Liber de Arte Reali, et Rationis*, escrito en Aviñón el año de 1311, y en él define aquellas sustancias de esta suerte: *Metallica est compositum ex forma, et materia ex quibus nascitur principis; et his ita naturaliter individualis, quod non possit magis individuali*. Sentadas con esto las ideas que Lull profesaba res-

pecto á la naturaleza de los metales, aprovecharé la ocasión que hoy se me ofrece de aducir nuevos testimonios para que Vd. vea cuán lejos estaba el filósofo mallorquín de admitir alteración ó *amelioracion sustancial* en los metales. Dice así en la obra citada:

"Utrum substantia metalli extra suam naturalem compositionem possit individuari artificialiter? Respondendum est quod non.

"Utrum qualitates metallorum sint inseparabiles, et immutabiles? Respondendum est affirmativè. Alias non essent individua ab innatis principis.

"Utrum sit possibile, quod per Alchymiam, naturales actiones, et passiones elementorum mutentur in alias species? Respondendum est negativè. In essentia metalli sunt plures relationes quid naturale agens in aurum est separatim á naturali agente in argentum; nam insensibile agens agit formaliter in materia auri; et sic de argento suo modo; non quod aurificans deducat aurum in materiam argenti, nec è converso; quia ibi non est realis relatio, sed figmentum, sub quo Alchymistae se ipsos decipiunt.

"Quomodo Alchymista habeant habitum phantasticum? Natura sub habitu auri individuat aurum usque ad individuatam numerum; et hoc etiam facit per habitum argenti; et ad talem habitum concurrunt motus cœli et elementorum, qui motus est separatim á motibus Alchymistarum, qui sub habitu argenti, opinantur facere aurum, et sub habitu Mercurii, argentum; et hic apparet quomodo sunt fatui, et bubulei."

Después de estas declaraciones, en las que Raimundo Lullio afirma que *las calidades de los metales son inseparables é inmutables*, no hay de dónde inferir, ni por qué sospechar, que admitiese su *amelioracion*, pues nada esencial podía alterarse ó modificarse en ellos; á no ser que demos á la palabra *amelioracion* el sentido de *efluacion*, en el que todavía hoy se usa para expresar la separación de un metal cualquiera de otros extraños á él que lo impurifican. En tal concepto no repugnaría conjeturar que el sabio mallorquín se hubiese dedicado á trabajos metalúrgicos; pero no encontrando fundamento para este supuesto, mejor será dejar á Raimundo Lullio con su fama de filósofo, teólogo, jurista, médico y gólfico, que pretender sublimarle á más alto renombre atribuyéndole obras y trabajos que no le pertenecen.

Pongo fin aquí á mi contestación, que de larga y cansada tiene más que de instructiva y deleitosa. Obligóme á darla el ruego de Vd., que no es para desatendido, y si no acerté á llenar sus deseos, será porque los míos anduvieron mal guiados; que no siempre la diligencia alcanza lo que la voluntad se propone. De todos modos, téngame por su muy reconocido servidor y L. B. S. M.

JOSE RAMON DE LUANCO.

LA VIDA.

Nuestras vidas son los ríos
Que van á dar en la mar,
Que es el morir.
Allí van los señores,
Desechos á escualar
Y consumir.

JOSÉ MANRIQUE.

Es una flor azolada
Por enfurecidos vientos;
Un río que va á extinguirse
En el mar de los misterios;
Una gota de rocío
Desprendida de los cielos,
Deslizándose veloz
Por los abismos del tiempo;
Ola fugaz que entrecpada
Recorre un piélago humano
En un minuto, y fenece
Todo su rigor soberbio
En las solitarias costas
Del languido desaliento;
De una tempestad sombría
El relámpago siniestro
Que ilumina brevemente
Léjos del hombre, muy léjos...
Una dicha imaginaria
Á la que camina ciego,
Es de una lóbrega noche
Pálida y tenue lucero
Que cual lumbré moribunda
Lanza oscilantes destellos
Precursores de su muerte;
Una débil voz sin eco;

Un cadáver insepulto;
De un ¡ay! penoso el remedo;
Es un átomo perdido
En la región de los sueños;
Un suspiro, una palabra,
Una lágrima, un recuerdo.

¡La vida! « ¡Bella es la vida! »
Dice el hombre en un momento
De dulcísima locura,
Con ilusiones durmiendo
En blando diván de rocas;
Bella fuera, si ese sueño
No dejara al alejarse
Atormentado el cerebro,
Rotas las fibras sensibles
Del corazón; si el risueño
Y encantado panorama
De nuestro grato embeleso.
No hubiera de nuestra vista;
Si en el horizonte negro
De una perdida esperanza
No apareciera el espectro
De la realidad terrible;
Si en el profundo silencio
De profundas amarguras,
No se quedase el despecho
Batiendo sus negras alas,
Como fatídico cuervo,
Sobre nuestras ilusiones;
Si no vistiera de hielo
Lanzándola en el vacío
La imagen del pensamiento...
Y si un fiero desgajón
No desgarrase los velos
De la inocencia sublime
Dejando el pecho desierto.

¡Felice quien de la vida
Termina el breve sendero
Al desgarrarse los mantos
Que sus quimeras cubrieron,
Y los misterios del mundo
Deja sin penas ni duelos,
Para penetrar en el
Más allá de los misterios!
¡Triste de aquel que agobiado
De la vida con el peso,
Arrastrando la cadena
Del desencanto tremendo,
Marchitas sus ilusiones,
Sin un amor ni un deseo...
Cruza con trémulo paso
El lúgubre cementerio
Del mundo, que inspira sólo
A su ya cansado esfuerzo...
Una irónica sonrisa
De soberano desprecio!
¡La vida! « ¡Bella es la vida! »
Maravilloso el concierto
De esta orgía interminable
De placeres y desvelos
Donde se vive soñando,
Donde se sueña despierto,
Donde en públicas bazares
Se cotiza el sentimiento.

Nuestro Pedro Calderón
Dice que la vida es sueño:
Durmamos para vivir
Y para vivir... soñemos.

FRANCISCO FLORES Y GARCÍA.

Madrid, 1871.

LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES.

II.

El primer cuadro de que hacen memoria nuestros apuntes es el señalado con el número 449, * original de D. Eduardo Rosales, y cuyo asunto es un hecho muy conocido de la historia romana. La razón de esta preferencia no necesitamos explicarla á nuestros lectores; el Sr. Rosales es el pintor que ha puesto más alta en España y fuera de ella la bandera de nuestra regeneración artística. *El testamento de Isabel la Católica* fué la revelación de un genio potente y original, en quien todos

creyeron ver un glorioso sucesor de los Ríveras y los Velazquez; y aunque es verdad que en este fallo entusiasta había algo de esa precipitación característica con que nuestro siglo se anticipa á distribuir los laureles de la inmortalidad, lo es también que la obra del señor Rosales ponía de manifiesto una alta personalidad artística y echaba los cimientos de una grande y merecida reputación. En este concepto, era natural que el señor Rosales fuese el punto objetivo de la curiosidad general en el concurso de 1871, destinado á sostener la celebridad de tan eminente artista, ó á exceder quizá los resultados que con general admiración puso de manifiesto el certamen de 1864.

A tout sçavoir tout honneur. La obra en que este pintor ha hecho otra vez alta ostentación de sus facultades, después de *El testamento de Isabel la Católica*, es, en efecto, el objeto de la atención general en los salones de la Exposición y en los círculos artísticos. La controversia suscitada con este motivo es animadísima, y militan en ella opiniones radicalmente opuestas y que adolecen, á nuestro juicio, de una exageración más propia para dar idea de lo que puede la pasión en nuestro carácter meridional, que para atestiguar del progreso que ha hecho entre nosotros, en medio del movimiento artístico á que asistimos, un criterio basado en el sentimiento justo de lo bello. Los que tributando una ciega admiración á ciertas dificultades vencidas en el procedimiento ó á ciertas conveniencias del estilo, sin considerar que en un cuadro de la índole del que se discute la idea y el sentimiento están más altos y merecen atención más preferente que la forma, glorifican en absoluto el resultado obtenido por el Sr. Rosales, nos parecen tan distantes de la verdad, como los que de un modo igualmente absoluto niegan á la obra cualidades propias de un talento superior. Para nosotros *La muerte de Lucrecia* tiene bellezas de primer orden, y está lejos de desmentir las sólidas dotes que su autor nos dió á conocer en su *Testamento de Isabel la Católica*. No se trata, pues, si no de un juicio de relación. El Sr. Rosales ¡ha alcanzado esta vez con el concurso de sus grandes facultades un resultado tal que no desmerezca del que en 1864 puso tan alta su reputación! El autor del *Testamento de Isabel la Católica* ¡ha vencido de una manera digna de un indisputable genio las dificultades del asunto, eminentemente trágico, desarrollado en el lienzo que está siendo objeto de la atención general! Dentro de aquel dibujo firme, sólido y enérgico, de aquel colorido vigoroso y castizo, de aquel estilo sóbrio y grandioso, ¿no había una expresión más intensa y más filosófica de los afectos propios del asunto, una composición más sabiamente dispuesta para hacer inteligible el drama, y una afectación menos aparente de la personalidad en la franqueza del toque y la independencia de la manera?

Este es, á nuestro juicio, el punto controvertible, y esta la duda que proponemos á los que agenos á toda preocupación de escuela y de procedimiento, busquen en las obras de arte que por la naturaleza del asunto exijan un alto grado de fuerza y de verdad en la expresión, algo más que un poema pintoresco.

Hé aquí el texto de Tito Livio que ha servido de argumento al cuadro del Sr. Rosales:

« Lucrecia mandó llamar á su padre Lucrecio y á su esposo Colatino para que viniesen con todos sus amigos, porque había acaecido un suceso muy grave: llegados á Colacia con Valerio y con Bruto, el cual se fingía loco por temor de Tarquino, Lucrecia exclamó con los ojos hinchados de lágrimas: « ¡piadas de varón ageno se hallan sobre tu lecho, Colatino, mas sólo el cuerpo fué mancillado, no el corazón, y de esto será buena prueba mi muerte; libre como estoy de pecado, no quiero librarme de castigo, para que ninguna romana, no casta, viva con el ejemplo de Lucrecia. » Y diciendo esto, sacó un cuchillo que tenía oculto bajo el manto y metiólo por el corazón. Marido y padre prorumpieron entonces en tristes quejas, mientras que Bruto, arrancando el cuchillo de la herida, levantóle á los dioses y dijo: « Juro por esta sangre castísima que la injuria hecha por el hijo del rey recibirá su merecido. »

Este es el asunto del cuadro: hay, pues, que expresar ante todo en el trágico fin de Lucrecia el heroísmo de la castidad que se inmola voluntariamente por no sobrellevar el peso de la afrenta. Y aquí se nos ofrece la primera duda: el artista ¡ha llenado esta primera condición de su programa, presentando á Lucrecia, no en el momento elegido por el Parmigianino en el celebrado cuadro en que ha tratado este mismo asunto, es decir, en el acto de darse la muerte, si no bajo la forma de un cadáver en cuya rostro la exaltación de la virtud no ha dejado la menor huella, y en el que no se descubre

más que la inercia y la inmovilidad de la muerte! Un pintor como el Sr. Rosales, ¿no estaba obligado á ver y á traducir en la figura de la heroína romana algo más que el cadáver de una mujer? La expresión de los afectos y de las pasiones humanas, no es el objeto esencial de la pintura histórica, en que la belleza inteligible está muy por encima de la belleza óptica! El artista, pues, no ha intentado siquiera reflejar en la heroína de su cuadro el ideal moral que debía proponerse al representar en el lienzo el sacrificio sublime de la hermosa romana. Aquel cadáver lo mismo puede ser el de Lucrecia que el de Virginia; es una mujer muerta, perfectamente muerta.

Lucrecio sostiene aquel cuerpo inerte, y Colatino parece como que busca un resto de vida en el rostro inanimado de su esposa. La cabeza del primero es enérgica, pero poco sentida; la del segundo no dice nada; es poco noble y carece completamente de expresión: no dá, ni remotamente, la idea de un hombre abrumado bajo el peso de una gran desgracia y de un intenso dolor. Por lo demás, el grupo está dispuesto con maestría, y las figuras perfectamente agrupadas; el cadáver pesa en los brazos del que le sostiene; las actitudes son naturales, y apenas hay que notar leves defectos de proporción y de afectación en el brazo pendiente de Lucrecia.

Disgregada de este grupo, que forma el centro objetivo del cuadro, é independiente de la acción principal, se ve una figura que levanta un cuchillo ensangrentado. ¿Es Bruto arrancando el hierro suicida del seno de la romana ultrajada, y jurando vengar la injuria hecha á su castidad? ¿Se lee en su actitud y en la enérgica y sombría expresión de su rostro la exaltación del afecto que lo domina, y el punto de relación que tiene este afecto con el drama que es objeto del cuadro? ¿No es vaga la energía y equívoca la acción de esta figura aislada, y no perjudica por otra parte á la unidad de la composición? En una palabra: ¿está expresada la tragedia sin equívoco, con vigor y con propiedad? ¿Aquel cadáver es el de la casta romana; aquellos personajes que le rodean son hombres penetrados de dolor; aquel personaje que levanta el arma ensangrentada es el vengador de Lucrecia, y no un personaje cualquiera, padre, amante ó esposo, que acaba de inmolar á una mujer culpable?

Nosotros creemos que bajo este punto de vista el señor Rosales ha estado poco feliz: hay en su cuadro una energía que no está dentro del sentimiento propio del asunto y que no llega á despertar la emoción de lo patético. Falta á su composición el alma y la claridad. Tal es, á lo menos, la impresión que á nosotros nos produce, quizá porque agenos á las prácticas del arte y á la idolatría de los medios, no sabemos compensar la debilidad de la expresión y del carácter con la energía del procedimiento.

El cuadro del Sr. Rosales afecta el estilo grandioso, y se ve que ha querido llevar á un alto grado la franqueza y la sobriedad. El colorido es vigoroso y la manera franca y valiente; pero estas cualidades, ¿no están llevadas á un grado que toca en la exageración? ¿No hay en el cuadro del Sr. Rosales una afectación de grandiosidad que degenera en rudeza y en sequedad? ¿A nosotros el conjunto de la obra nos causa el efecto de un boceto de grandes proporciones en que un pintor de genio ha trazado la primera impresión de una inspiración robusta, pero en el que no está aún definitivamente desarrollado el asunto, encontrada la unidad, ni subordinada á las conveniencias del arte la libertad del pincel.

Cuatro obras más ha presentado el Sr. Rosales, de las cuales sólo una, la señalada con el número 451, nos parece digna de su talento. Figura la presentación de don Juan de Austria al emperador Carlos V en Yuste, y se distingue por una composición bien ordenada y una perfecta expresión del asunto. La manera personal del artista reaparece en esta obra sin violencia ni afectación. Los tres cuadros restantes nos parecen de muy escaso valor artístico, especialmente los dos retratos.

Menos importante por el asunto que *La muerte de Lucrecia*, aunque notabilísimo por otros conceptos, es un cuadro de D. Francisco Domingo designado con el número 107 *. Es una santa Clara en oración. Por el vigor y la solidez del colorido, por la grandiosidad del estilo, por su manera áncora, noble y castiza, el cuadro del señor Domingo es uno de los más notables de la Exposición, y en el que quizá con más evidencia se descubren cualidades de raza y filiaciones muy íntimas con las antiguas escuelas españolas. El Sr. Domingo, sin abdicar el genio propio, ha desplegado, bajo la inspiración de sus modelos, grandes cualidades de estilo y de color; y si hemos de juzgar por la obra á que nos referimos, el

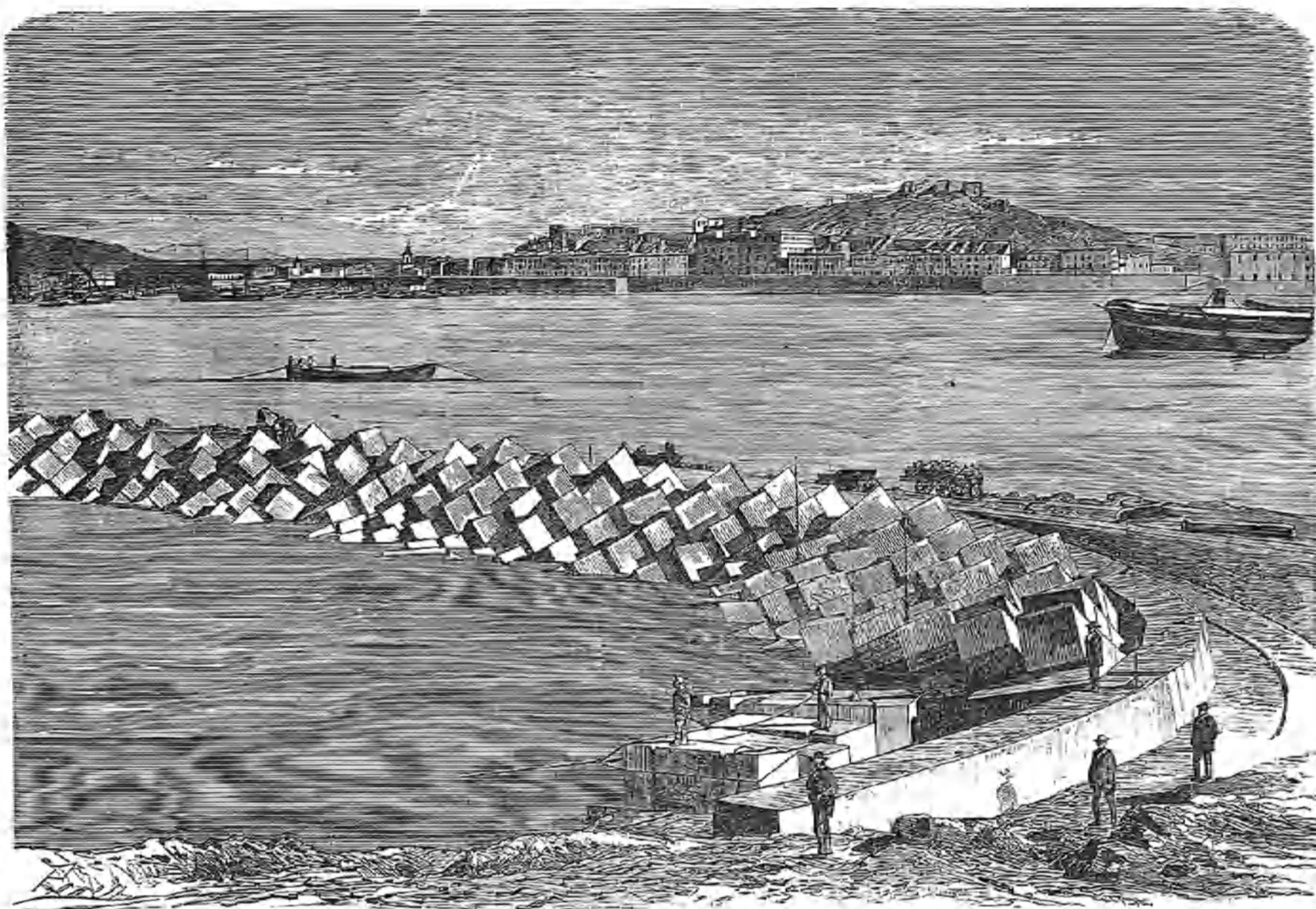
* Publicáronse la copia de este cuadro.

* Hoy damos á luz una copia de esta obra del Sr. Domingo.

artista, al seguir con paso firme las huellas de sus maestros, ha heredado también la falta de idealidad que en general caracteriza aquella generación de artistas que empieza, sin embargo, y acaba por dos grandes idealistas: Juan de Joanes y Murillo. En efecto, la *Santa Clara*, la obra más considerable que conocemos del Sr. Domingo, por el conjunto de condiciones sólidas que en ella se admiran, está más cerca del naturalismo admirable de Velázquez que del vaporoso idealismo de Murillo. No hay que buscar tampoco en el cuadro el ascetismo austero de Zurbarán; no se ve en aquella Santa la abstracción profunda de un espíritu absorto en la

comparación, no ha buscado esta vez más ancho campo en que desplegar su bandera? ¿Por qué no ha ejercitado sus fuerzas en un gran cuadro de historia? La *Santa Clara* es el sentimiento del color, el empaste sólido y magistral, el tono armónico, firme y reposado, el estilo grandioso, la manera franca, noble y castiza. No se va allí ningún esfuerzo para buscar el efecto, ningún tono disonante, ninguna afectación de brillantez, ninguna tinta dominante y defectuosa. Ahora bien: sin pedir al Sr. Domingo (porque fuera desmesurada exigencia) un conjunto de bellezas de un orden superior, análogo al conjunto de condiciones plásticas que admi-

guna escala determinada en cuanto al género y al valor artístico de los cuadros que nos han parecido dignos de mención, seguiremos dando cuenta de nuestras impresiones por el orden en que las han recogido nuestros apuntes. A los jueces del campo toca graduar el mérito de las obras, sin perder de vista la importancia relativa de los géneros, para distribuir los laureles de una manera que acredite su ilustración y su imparcialidad, y sirva de eficaz estímulo a los artistas. Hecha esta salvedad continuaremos nuestra tarea haciendo mención de un cuadro de D. José Luis Pellicer, número 376 *, que el catálogo designa con esta leyenda:



OBRAS DEL PUERTO DE CARTAGENA.—QUEBRANTA-OLAS.

oración, ó el exaltado arrobamiento de un alma entregada á las visiones celestes. Un soplo mundano perturba el reposo de aquel semblante en que se descubren las huellas visibles de la maceración y el cilicio, pero en el que no se lee el pensamiento del más allá. Se ve que el Sr. Domingo no es el intérprete austero de esas almas penitentes, encerradas en la menor auma posible de materia, y de cuyos cuerpos extenuados dice Buffon que cuando llega su última hora no se puede decir de ellos que concluyen de vivir, sino que acaban de morir.

Pero prescindiendo de esta circunstancia, y teniendo en consideración que el sentimiento religioso, como ideal del arte, ha hecho ya su camino, y tiende quizá á transformarse en otra fuente de inspiración generadora del ideal moral, la *Santa Clara* del Sr. Domingo puede considerarse como un alarde de facultades muy levantadas, como la manifestación de un genio robusto que ha vencido las dificultades de la forma á impulso de su estilo un carácter vigoroso y original, y se dispone á encerrar en este organismo lleno de savia y de energía la idea y el sentimiento.

¿Por qué el Sr. Domingo, en quien se ve, no ya una esperanza, sino la revelación de una personalidad artística, cuyo trabajo puede colocarse al lado del de sus maestros sin que desmienta la casta ni la abruma la

ramos en su *Santa Clara*, hubiéramos querido ver á este artista notable desenvolver sus facultades en un asunto en que fueran condiciones esenciales el sentimiento, la profundidad, la fuerza de concepción, la expresión moral. Si tanto exigimos del Sr. Domingo, es porque creemos que la altura en que se ha colocado le compromete á grandes empresas.

No es sólo la *Santa Clara* la obra en que este pintor nos da la medida, y, por decirlo así, el programa de sus facultades. En otro cuadro, señalado con el número 106, y cuyo asunto es *El último día de Sagunto*, se admira un gran sentimiento de vida y de acción, un colorido vigoroso, valiente, lleno de transparencia y de verdad; una admirable difusión del ambiente y de la luz, una composición valiente y llena de fuego, grupos y figuras muy bien sentidos. Estas bellezas apenas dejan fijar la atención en algunos defectos de exageración en el dibujo y en algunas desproporciones que á trechos deslucen al conjunto bellissimo del cuadro.

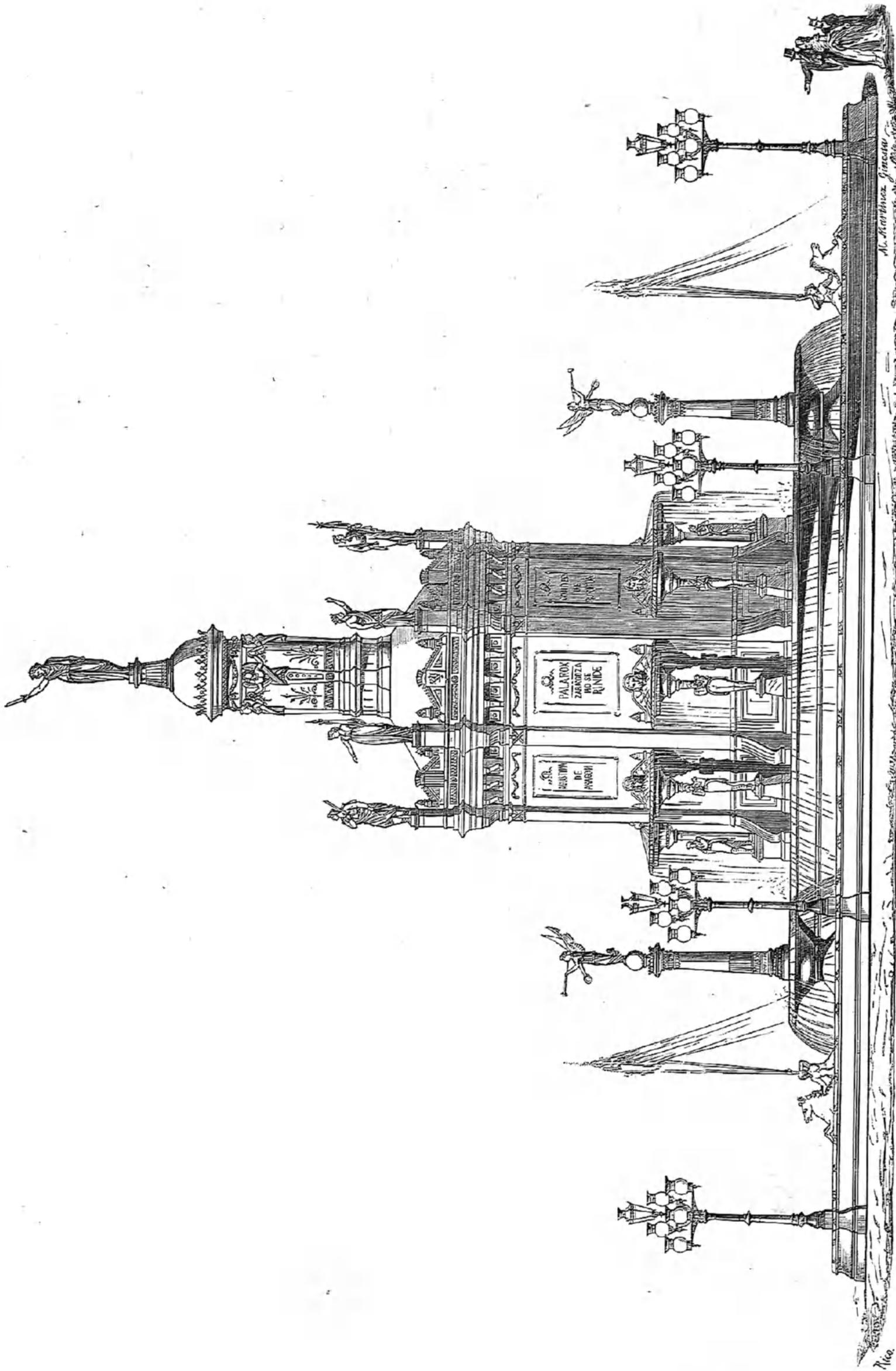
Finalmente, el Sr. Domingo tiene además en la Exposición un estudio y un retrato, señalados con los números 108 y 109, que completan la alta idea que de su talento hacen concebir las dos obras importantes que hemos analizado.

Como no nos proponemos seguir en esta reseña nin-

«Zitto, silencio che pasa la ronda.» Esta frase indica bien el carácter del asunto que con vigoroso pincel ha desarrollado en el lienzo el Sr. Pellicer; figura una patrulla de soldados recorriendo, arma al brazo, las afueras de Roma, y recuerda por la idea más que por la composición, el carácter y la luz, que son muy diferentes, la célebre *Ronda de Rembrandt*. El Sr. Pellicer, menos fantástico que el gran pintor holandés, se ha caído estrictamente á la verdad. Aquella masa monótona de soldados marcha pausadamente al través de los últimos resplandores de la tarde, sin ofrecer á la vista efectos pintorescos en los accidentes ni en la distribución de la luz, pero sin incurrir, en cambio, en lo falso y lo convencional. Los contrastes de claro oscuro están bien entendidos, las figuras, colocadas en distintos planos del cuadro, están bien tocadas y expresan en sus actitudes el sigilo y la prudencia que despierta la aproximación de la ronda. La entonación del cuadro es justa y vigorosa y el toque valiente y franco.

Otros cuadros de género de menor importancia que la *Ronda*, ha llevado el Sr. Pellicer á la Exposición, y en cuyo análisis no podemos detenernos, pues no entra en

* En el núm. 27 de LA ILUSTRACION DE MADRID se publicó una copia de este cuadro.



EXPOSICION DE BELLAS ARTES.—SECCION DE ARQUITECTURA.

FUENTE MONUMENTAL PARA PERPETUAR LAS GLORIAS DE ZARAGOZA.—PROYECTO DE DON MIGUEL MARTINEZ GINESTA, DIBUJO DEL MISMO.

Los límites de nuestro trabajo el examen minucioso de todas las obras presentadas al certamen. Diremos, para condensar nuestro juicio, que el Sr. Pellicer se ha distinguido como pintor de costumbres, y que sus cuadros se sostienen dignamente en la Exposición al lado de los mejores de este género.

Las obras del Sr. Pellicer tienen un sello de individualidad que las hace muy estimables; Pellicer no sigue las huellas de nadie, marcha sólo, con paso seguro, con estilo propio, y su realismo no adolece de las exageraciones de Courbet y de otros artistas.

FRANZ GARCÍA CADENA.

HISTORIA DE UN DESCONOCIDO.

(Conclusión.)

Aquella evocación se había llevado a cabo sin peligro. Al llegar al puente de madera, mi patron, gran conocedor de atajos, trochas y veredas, salió a recibirme a la cabeza de unos cuantos paisanos armados. El buen hombre, temiendo un fracaso si no se anticipaba a mi llegada, había salido por la puerta falsa de su casa, y se había reunido a su gente antes de que los espías dieran la voz de alerta a la vista de un jinete francés.

Sin esta previsión de mi buen amigo, aquel hubiera sido el último día de mi vida.

Entonces tuvo ocasión de admirar de cerca el heroísmo de aquellas partidas de paisanos conocidas entre los franceses con la denominación de *partidas de brigantes*. Treinta hombres bastaban muchas veces a detener la marcha de una división. Las descubiertas de caballería, las guerrillas de flanco, cuantas precauciones de exploración adoptaban los generales para asegurar la marcha de los ejércitos, todo se estrellaba contra el valor y el conocimiento del terreno, contra la rapidez de las marchas y contramarchas y contra el servicio de espionaje montado por aquellas gentes que acosaban día y noche a su enemigo sin dejarle un momento de reposo, ni aun medios de alimentación. Los convoyes eran interceptados a cada paso por aquellas partidas tan numerosas como incansables, que hacían la desesperación de los generales y causaban la ruina de la administración militar. Para el ejército francés aquella vida era una muerte continua: en las montañas, en los países quebrados, aquellas partidas acosaban con sus fuegos incansables sus vanguardias, los centros y las retaguardias: las bajas diarias eran incalculables y el terror de los franceses se hacía sentir cada vez más, por lo mismo que eran inútiles el valor y la disciplina, allí donde el enemigo era constantemente invisible y sólo se hacía conocer por sus terribles efectos. El espíritu del soldado había caído en tan profundo abatimiento, que ni aun se atrevía a aspirar por salir de los desfiladeros y entrar en países llanos y de anchos horizontes, como son los campos de la Mancha y los campos de ambas Castillas. Y es que entonces se encontraban con las grandes divisiones perfectamente ordenadas y estratégicamente establecidas; era que detrás dejaban la muerte en detalles para encontrarse con ella cara a cara y en toda la plenitud de sus tremendos estragos.

Más de un mes estuve entre aquellas gentes haciendo la campaña del guerrillero; pero al cabo de este tiempo fui presentado a Castaños, y Castaños me destinó a un regimiento de caballería.

Una noche se dió la orden de marcha y se nos prohibió terminantemente, bajo las penas más severas, que hablásemos durante la expedición que emprendíamos. De hora en hora corría en voz baja la orden de *alto*, y entonces se nos mandaba echar pié a tierra y fumar, pero ocultando la lumbre de los cigarros en el fondo de los morriones.

De cuando en cuando, y durante aquellas repetidas paradas sentíamos pasar a derecha e izquierda de nosotros grandes masas de infantería que caminaban como nosotros en el más profundo silencio. Alguna vez que otra, se oía a lo lejos el *¡quién vive!* de las avanzadas, y a poco el movimiento de aquellas líneas sombrías nos indicaban que estaba franco el paso para los que marchaban en dirección de aquellos ecos lejanos.

¿A dónde nos conducían? En vano los soldados se lo preguntaban entre sí, aproximándose estrechamente unos a otros, amparados por la oscuridad de la noche.

¿Estábamos en vísperas de una batalla?

Al romper el alba un cañonazo que hizo estremecer las montañas vecinas vino a sacarnos de dudas. Innumerables músicas que sonaban a la falda de una colina escarpada nos marcaron con sus ecos el lugar que debían ser en aquel día teatro de una sangrienta jornada. Un

segundo cañonazo más lejano contestó a nuestro toque de alana.

Aquel cañonazo era la contestación del ejército francés, cuyas líneas descubrimos al llegar a la cima de la colina.

¿Qué perspectiva más fastuosamente fatídica se presentó a nuestros ojos desde aquella cima bordada con las primeras flores primaverales!

La llanura, las gargantas de las sierras, los puentes, los caseríos, las aldeas inmediatas, brotando del seno de la noche como una decoración de teatro: aquellas aldeas, aquellos caseríos y aquellos puentes cuajados de hombres y de hombres pomposamente ataviados, cuyos petos, cuyos morriones, cuyas espadas, lanzas, fusiles y bayonetas relampagueaban a los primeros rayos del sol; aquellos mil ecos repetidos de monte en monte, ya procedentes de los estampidos del cañon, ya de los torrentes de armonía que lanzaban las músicas militares y las agudas notas de la trompetería, todo aquello, descubierto de repente y admirado a vista de pájaro, en vez de embriagarme de entusiasmo militar, como en otros días, despertó en mi alma un sentimiento tal de pesadumbre, que aun la presencia de mis compañeros hubiera roto a llorar como un niño.

¿Cuánta juventud, cuánta alegría, cuánta esperanza próxima a caer envuelta en el polvo de la muerte! ¿Cuántas reflexiones tristes se agolparon a mi imaginación en el corto espacio de un minuto! Sin el movimiento que empezaron a determinar las dos líneas de batalla, sin el estruendo de las baterías que por una y otra parte barrían las columnas correadas de unos y otros combatientes, sin la ansiosa curiosidad que se despierta en el soldado que a pié firme sigue todos los accidentes de una batalla, yo hubiera caído en el desaliento que abre paso a la cobardía.

Seis horas de combate habían dado ocasión a que entrasen en fuego todos los cuerpos de ejército de uno y otro lado. Los españoles querían forzar el paso de un puente que los franceses defendían con tenacidad; pero al cabo empezaron a ceder, y nuestra infantería avanzó a paso de carga para tomar posesión de un punto que podía decidir de la victoria.

Mas de repente un estampido horrible hizo retemblar la tierra en más de una legua en contorno, y grandes masas de granito saltando al aire vinieron a caer junto a la colina que nosotros ocupábamos.

El puente había sido volado.

La infantería, pues, retrocedió a la desbandada; y una enorme masa de caballería enemiga que como nosotros había estado a pié firme hasta entonces guardando un desfiladero, se destacó como un huracán por la llanura, y casi envolvió por completo el ala derecha de nuestro ejército.

A causa de aquel movimiento recibimos nosotros la orden de contener tan rudo ataque, y descendimos al llano con el ímpetu de un torrente asolador.

A la vista de aquellas dos imponentes líneas de caballería que corrían a encontrarse con la violencia de dos nubes preñadas de tempestades, ambos ejércitos apagaron sus fuegos y cesaron en sus maniobras. No parecía sino que aquellos 80.000 hombres habían suspendido a la vez sus alientos sobrecogidos de espanto, para respirar mejor después del choque tremendo que iba a tener lugar en medio de la llanura.

Y en efecto, un grito de horror salió de todos los pechos cuando las dos líneas se confundieron en una pesada capa de polvo. Lo que allí pasó no es posible describirlo. En cinco minutos quedó el campo sembrado de hombres, de armas y de caballos. En vano los clarines de uno y otro bando tocaban retirada: nada se oía en el fragor de la pelea, más encarnizada y sañuda cuanto más inmediato era el contacto del enemigo. La cólera nos cegaba a unos y a otros, y más deseos de matar nos asaltaban a medida que exterminábamos más enemigos.

Yo no sé aún darme cuenta de lo que hice durante aquellos cinco minutos eternos. Sólo sé decir que en el calor del combate, una voz poderosa que dominó todos los ruidos que se agitaban en torno mío, me gritó en mi propio idioma y con el coraje de la desesperación estas palabras:

— ¡Miserable! ¡tú contra los tuyos!

— No contra los míos, contesté yo, fijándome en el enemigo que tenía delante, sino contra los explotadores de mi patria y los asesinos de mi raza.

Pero ¡ah Dios mío! al acabar de pronunciar estas palabras, sentí un frío de muerte correr por mis venas; arrojé mi espada tonta en sangre hasta la empuñadura, y tendiendo mis brazos hacia delante, caí medio desvanecido en los brazos del mayor de mis hermanos.

¿Qué ocurrió después, que cuando pude reponerme de

la sorpresa que me produjo aquel encuentro inesperado estábamos fuera del campo de batalla, aunque teniendo siempre a la vista nuestras respectivas banderas? Yo no me lo expliqué entonces como tampoco me lo explico ahora. Lo único que recuerdo es que cuando abrí los ojos, yo estaba tendido en la yerba cerca de un arroyo, y que mi hermano arrodillado junto a mí me frotaba las sienes con un pañuelo empapado en agua y rom.

— ¡Alabado sea Dios! dijo al verme abrir los ojos. Animo y aprovechemos el tiempo de que podamos disponer.

Yo me incorporé vivamente al oírlo y le besé repetidas veces las manos y el rostro.

— ¿Qué es de nuestro padre? me atreví a preguntarle.

— Ha muerto hace un mes con el príncipe José de Poniatowski. Encargados de proteger la retirada del ejército francés, ambos cumplieron como buenos en Leipzig y encontraron su tumba en las aguas del Elster. Si algún día pasas por allí hallarás los restos de un puente volado; detente ante aquellas ruinas, desdóbrete mirando al fondo del río, y reza, porque allí descansa por toda eternidad el cadáver de nuestro padre.

— ¡Pobre padre mío! murmuré yo sollozando.

Mi hermano me estrechó fuertemente una mano y se enjugó una lágrima en silencio.

— ¿Qué sabes de nuestro hermano? añadí de nuevo.

— Todos duermen el último sueño, me replicó: sus huesos insepultos quedan por diferentes campos de batallas.

— ¡Desgraciados! repliqué yo llorando.

— ¡Desgraciados de nosotros, que aún vivimos! exclamó mi hermano con acento sombrío.

— ¡Y nuestra santa madre! interrumpió con la mayor ansiedad.

Mi hermano no pudo articular una sola palabra, y me señaló el cielo por toda contestación.

Yo caí entonces de rodillas, y elevando mi corazón a Dios, exclamé:

— Señor, preñaelos en la gloria por lo mucho que han sufrido!

Mi hermano me abrazó de nuevo y confundió sus lágrimas con las mías.

Al cabo de algun tiempo, y afectando cierta serenidad, me preguntó:

— ¿Por qué has desertado de la bandera de Francia?

— ¿Qué ha hecho Francia por Polonia? le contesté. Nuestros hermanos se han sacrificado por ella, y Polonia sigue esclava. Yo no he querido prodigar más mi sangre en favor de quien nos explota y nos engaña.

Mi hermano me contempló un rato en silencio, y me dijo al cabo:

— Has hecho bien.

Y me tendió su mano calorosamente.

— ¿Luego hoy te quedarás conmigo? repuse yo vivamente y poniéndome de pié.

— No, contestó mi hermano tristemente. Tengo un deber sagrado que cumplir.

— ¿Cuál?

— Escupir al rostro del que nos ha faltado a su palabra. La hora de la justicia se acerca: la Europa entera se ha coaligado contra el Emperador, y su caída es inevitable. En esa día, yo, el único representante ilustre del pueblo polaco, iré a ofrecerte como un recordamiento a sus ojos, y le arrojaré con mi saliva al rostro el desprecio de Polonia.

En aquel momento el eco de los clarines franceses trajo a nuestros oídos el toque de retirada, a medida que en las líneas españolas batían los tambores al toque de calacnerda.

Aquello significaba una nueva derrota para el ejército francés.

Mi hermano entonces sacó su espada y la hizo pedazos; tomó sus pistolas del arzon de su caballo y las arrojó a larga distancia.

— ¿Qué haces? le pregunté lleno de asombro.

— Seguir a mis polacos, pero inerme. ¿Quién sabe si una bala disparada por mí podría herirte en el corazón?

Yo no contesté a esta observación sino rompiendo también mi espada y arrojando del mismo modo mis pistolas.

Mi hermano me abrazó estrechamente, y besándome en la frente, me dijo: — «Adios.»

— ¿Cuándo y dónde volveremos a vernos? le pregunté sollozando.

— ¿Quién sabe! contestó; la vida es breve y el cielo es una patria común.

Entonces uno y otro nos dirigimos a nuestros respectivos caballos, y a poco partíamos en distintas direcciones sin tornar las cabezas para mirarnos.

¡Ah, no he vuelto a verlo más!

¡Pobre hermano mío!.. Acaso tus huesos ruedan también insepultos por algún campo de pelea.

Más tarde, cuando la paz de Europa vino á dar reposo á los pueblos, emprendí una larga peregrinación á mi país con objeto de averiguar noticias suyas.

Recordé á la vez que tenía un deber que llenar cerca de la condesa viuda de Pawlik, y desde la frontera de Francia tuve que retroceder hasta Estremadura para recoger el depósito que había confiado á la honradez de mi patron.

Llegué á la aldea en que éste vivía, una noche de otoño, tres años y cinco meses después de haberle entregado el maletín de mi desventurado compatriota, y hallé la puerta de la casa abierta de par en par. Allí, en el fondo, que era á la vez zaguán y cocina, vertía sus tejas resplandores un candil de hierro, pendiente de un clavo. Los dueños de la casa, esto es, mi patron y su esposa, rezaban las oraciones de la noche. Yo no quise interrumpir con mi presencia aquel acto de devoción, y con la cabeza descubierta me senté en el umbral de la puerta, y recé con ellos por la paz de los vivos y el descanso eterno de los muertos.

¡Ay! Aquellos instantes de recogimiento trajeron á mi imaginación los recuerdos de mi infancia, las horas tranquilas pasadas en el hogar paterno, las dulces caricias de mi madre, y las sonrisas inefables del que tenía por sepulcro el hondo lecho de un río. Mi corazón se oprimió como el de una mujer y lloré sobre las desdichas de los míos y sobre mi propio desamparo.

¿Qué era yo en el mundo?

Cuando acabaron de rezar, enjugué mis ojos y penetré en aquel silencioso recinto. Mi patron volvió la cabeza preguntando ¿quién anda ahí? y su mujer contestó con un grito de alegría exclamando:—¡Jesus! ¡el alemán!

Mi patron se levantó presuroso y estrechándome entre sus brazos cariñosamente, se tornó á su mujer diciendo:

—¿No te decía yo bien? Mira cómo ha venido!

—Y sin embargo, repusa yo adivinando todo lo que encerraba aquella exclamación; ¡ya ha pasado el plazo que fijé para mi vuelta!

—¡Eh! ¿Qué son cinco meses? replicó mi patron. Ya hablamos decidida esperar un año más, antes de tocar á la maleta.

—¿Cómo! pregunté maravillado, ¿no habéis abierto el maletín?

—¿Qué! contestó mi patron: ahí está como el primer día. Mi mujer me ha dicho muchas veces: «¡Hombre, si dentro hay ropas, van á podrirse!» Pero yo le tomaba en peso y la decía siempre: «No, no tiene traza de esconder trajes; dejemos la curiosidad á un lado hasta que vuelva el alemán, y ya saldremos de dudas.»

—¿Conque confiaba en mi vuelta? pregunté enterrecido.

—Pues ¿cómo no? repuso mi patron. Tú eres bueno, y Dios debía protegerte y sacarte con bien de los azares de la guerra.

—Pues ya se ve que sí, exclamó su mujer; Dios hace las cosas completas.

—Y tan completas, añadió mi patron, que mañana podrás saber lo que encierra esa maleta. Ahora lo que nos importa es dar de cenar á nuestro amigo, y hacerle una buena cama para que descanse bien esta noche.

Y en efecto, mis patronas me agasajaron de tal modo y con tal cariño, que creí por un momento que eran mis padres los que así me cuidaban.

Á la mañana siguiente abrimos por fin la maleta, y los tres permanecimos mudos de asombro. Nunca habíamos visto tantas onzas de oro juntas, ni tantas piedras preciosas encerradas á guisa en una caja de tafete. Aquella era la fortuna de un príncipe.

—¿Qué vamos á hacer de todo esto? preguntó mi patron pálido de sorpresa.

—Llevarlo á sus dueños los huérfanos del conde de Pawlik, muerto á mi vista el día que confío este depósito á la honradez de un pobre español; repuse yo mirando á mi patron fijamente.

Éste me tendió la mano conmovido, y me dijo:

—Iré contigo hasta el fin del mundo para ayudarte á defender la herencia de esos huérfanos.

—Que acaso gimen en la miseria, añadió la mujer con los ojos arrasados en lágrimas.

—Todo es posible, repuse yo: los bienes de los buenos patriotas de Polonia há mucho tiempo que fueron confiscados, y el conde de Pawlik era de los mejores.

—¡Ah! suspiró mi buena patrona. ¿Quién sabe las privaciones que sufrirán esos pobres niños! ¡Oh! por Dios, no dilateis vuestra marcha, que tanto habrán padecido en esos tres años y medio de orfandad.

—¿Tendremos que ir muy lejos? preguntó mi patron.

—A Cracovia.

—¡Cracovia!... ¿Y dónde está eso?

—En Polonia.

—¿Cáspera, replicó mi patron rascándose la cabeza; eso es diferente. Un viaje tan largo exige tiempo y dinero.

—¿Y qué? preguntó su mujer.

—¡Toma!... que no tengo el último y necesito el primero para darte de comer.

Á este argumento tan contundente, mi patrona no tuvo que replicar; inclinó la cabeza con disgusto y murmuró sordamente... ¿Qué fatal!... ¡Solo!

¡Dios me perdone! en aquel enojo compasivo, casi adiviné un pensamiento de codicia. ¿Temía mi patrona que yo me apropiase aquella inmensa fortuna? Y caso de que no lo temiese, ¿creía que mi lealtad debería tener un premio del cual merecía ser partícipe su honrado marido?

Tomando en cuenta la flaqueza humana, y queriendo alejar de mí la sospecha que hubiera podido abrigar el alma de aquella mujer, exclamé vivamente:

—Me ocurre una idea.

—¿Cuál es? preguntó mi patron.

—Tomar del maletín el dinero que necesitamos todos para cumplir la última voluntad del conde de Pawlik, y llevar una cuenta justificada del gasto que hagamos en el camino.

—Eso me parece bien, repuso alegremente mi patron.

—Y á mí me parece muy mal, replicó su mujer. Eso sería ofender los buenos sentimientos de la condesa viuda. ¡Dar cuenta del gasto que ocasiona la conducción de una fortuna para sus hijos! ¿Sabe ella acaso á lo que sube esa fortuna? Y aun en la hipótesis de que lo supiera, ¿podría creer que habríais perjudicado á sus hijos con ese gasto necesario, cuando tan fácil os sería quedaros con todo eso?

—¿Y por qué no hacerlo? pregunté yo vivamente, queriendo sondear por completo el alma de aquella mujer.

—¡Eh! quite allá, contestó coloreada de vergüenza y de ira. ¿Se vive en paz y en gracia de Dios durante 33 años, para cambiar al final de la vida la salvación eterna por un puñado de dinero? Sólo el demonio ha podido inspirar un pensamiento de esa especie.

Mi patron abrazó á su mujer con el orgullo que inspira la posesión de un tesoro de virtud, y yo, tomándola una mano que besé con el respeto con que hubiera besado la de mi santa madre, exclamé:

—¿Quisiera encontrar una mujer parecida en el mundo para casarme con ella.

—¿Sí? preguntó mi patrona riendo como un niño. Pues una hija tengo que vale más que yo, en cuerpo y alma, y que haría muy buena pareja contigo.

—¿De veras? insistí yo asaltándome por primera vez la idea de constituir una familia. ¿Pues cómo es que nunca la he visto en casa?

—Porque vive en una aldea inmediata con un tío suyo que la ha criado, y que la dejará á su muerte lo poco que posea, me contestó el patron ingenuamente.

—Pues lo dicho, dicho está, repliqué yo con toda la gravedad del caso. Iremos á esa aldea para despedirnos y conocerla. Y si ella me quiere, á la vuelta nos bendecirá el cura, y yo daré mil gracias á Dios por haber hallado una familia tan cristiana como la que constituis vosotros.

Y así se hizo; dos días después salíamos para la aldea, dejé concertada mi boda para nuestro regreso, y á los ocho días emprendimos nuestro largo viaje.

Inútil es decir que antes de cumplir la misión que nos llevaba, visité las orillas del Elster, junto á las cuales estuve arrodillado durante una mañana rezando por el eterno descanso de mi padre. Diez años después supe que se había encontrado en el río el cuerpo del príncipe Poniatowski, cuyos restos fueron embalsamados y trasladados por orden del emperador Alejandro á Varsovia, en una de cuyas iglesias, panteón de los héroes y los reyes de Polonia, descansan por toda la eternidad.

Cuando visité también el cementerio de la aldea en que yace mi desventurada madre, creí morir de dolor. La buena señora había cumplido su palabra: ni un nicho, ni una inicial, ni una cruz, ni un ramo de flores indicaba el lugar de su enterramiento. Sus hijos no habían dado la libertad á su patria, y al morir se envolvieron para siempre en el manto del olvido; ¡del olvido, que es la muerte de la muerte!

Dos días solos nos detuvimos en Varsovia. ¡Pesaba tanto allí la atmósfera de la tiranía rusa, que la permanencia un día más me hubiera ahogado!

¡Pobre patria mía!

Por fin llegamos á Cracovia, y al día siguiente visitamos el palacio de la condesa de Pawlik. Estaba vestida de luto, traje que no había abandonado desde que

supo la muerte de su esposo. Aún conservaba, apesar de su eterno dolor, la belleza deslumbradora que yo había admirado en aquellos mismos salones la noche de sus bodas. Al entrar me miró fijamente como buscando un recuerdo en su imaginación, y pareció como que no me reconocía.

—¿Qué queréis? me preguntó con curioso interés.

—Condesa, contesté yo, he sido de la legión polaca que penetró en España á las órdenes de vuestro esposo.

La condesa se estremeció un momento, se dejó caer en un sillón y se ocultó el rostro sollozando.

Yo respeté aquel dolor y permanecí callado.

Al cabo de un rato levantó la frente y me miró con los ojos preñados de lágrimas, y me preguntó:

—¿Le visteis morir?

—Estaba á su lado, contesté yo brevemente.

Siguió otro rato de silencio.

—¿Cuáles fueron sus últimas palabras? insistió la condesa.

—Entregándome esa maleta, me dijo:—Eso para mis hijos.

—¿Y murió en seguida?

—Á los pocos instantes.

—Debió sufrir mucho.

—Si pensó en lo que dejaba en la tierra, su breve paso de la vida á la muerte debió ser un siglo.

La condesa lloró en silencio largo tiempo. Al cabo se puso en pié y recobrando la calma de la resignación me dijo:—Ahírd esa maleta.

Yo me apresuré á obedecerla, y ella registró hasta el último rincón.

En uno de ellos encontró un bulto envuelto en papeles de seda. Rompió los papeles, sacó un estuche, lo abrió y nos dejó ver un medallón encajado de brillantes, con un mote de esmalte negro que decía: «No me olvidéis.» Dentro del medallón había un rizo del conde.

La condesa besó aquel medallón como quien besa una reliquia, y murmuró muchas veces lanzando profundos gemidos:

—¡Oh!... ¡Nunca!... ¡Nunca!... ¡Siempre aquí!... ¡Siempre aquí!...

Y estrechaba la alhaja sobre su corazón.

Nosotros llorábamos en presencia de aquel dolor y de aquel cariño infinito.

Yo murmuré algunas palabras de consuelo, y ella, reponiéndose, me contestó:

Perdonad que os moleste con esta escena; pero en su última carta me anunciaba que á la primera ocasión me remitiría este recuerdo de su amor; y al hallarlo he creído ponerme en contacto con su alma.

Y en seguida añadió:

—Retirad lo demás, todo eso es vuestro.

—Condesa, repuse yo inclinándome con respeto; es la fortuna de un palatino.

—Es vuestra, replicó la condesa vivamente; somos poderosos: el czar nos ha devuelto los estados, si bien reúne á mis hijos en San Petersburgo para darles educación. Hoy la juventud polaca se educa bajo el protectorado del czar.

—Para hacerla olvidar su patria, murmuré yo.

La condesa dió dos pasos hacia mí, y con acento de recelo exclamó:

—No habéis aquí de la patria: las paredes oyen; nuestros criados son rusos todos; nos obligan á tomarlos para tener otros tantos espías cerca de la nobleza.

—Y la nobleza, murmuré indignado, ¿se aviene á vivir una vida que tanto se parece á la muerte?

La condesa me miró en silencio y yo me incliné ante ella en señal de despedida. Mi patron me siguió sin vacilar; y cuando íbamos á atravesar la puerta del salón, la condesa, con voz suplicante, exclamó:

—¡Frank!

Yo me detuve sorprendido y volví la cabeza maquinalmente.

La condesa me tendió una mano y añadió:

—Ya vais que os he conocido.

Yo cogí aquella mano que besé con ternura y derramé algunas lágrimas sobre ella. — Era la única persona que me había reconocido en mi patria!

El czar no os devolverá lo que de derecho os corresponde; él sabe lo que hizo vuestra familia en la campaña del 76, y conoce sobradamente lo que vuestro nombre significa entre los buenos polacos.

—¿Y qué? pregunté yo con indiferencia.

—Que yo quisiera que recojais esa fortuna para que viváis con ella en el rango que os pertenece.

—¿Podría yo vivir en Varsovia sin peligro?

—Pero viviréis en otro país tranquilamente.

—Sólo vive tranquilo el que vive ignorado.

—¿Y el lustre de nuestra raza?

—Mi raza entera ha desaparecido.

—¿Y vuestro nombre?
 —La historia lo guardará: ¿quién se atreve á usar un nombre que impone una gran responsabilidad?
 —¿Pero vais á vivir en la pobreza, lejos de vuestra patria!
 —La oscuridad no tiene exigencias. Aprenderé á trabajar.
 —¡Oh!... ¡Dios mío!... ¿Y quién compensará vuestro sacrificio? preguntó la condesa llorando.
 Yo por toda respuesta la señalé el cielo, y la besé de nuevo la mano en señal de despedida.
 —Frank, exclamó la condesa reteniéndome con energía; en nombre del que fué amigo de vuestra infancia, en nombre de vuestros hermanos, en nombre de vuestros padres, aceptad parte de esa fortuna que me habeis traído...
 —No prosigais, condesa, la interrumpí; yo agradezco vuestro interés, pero estoy resuelto á vivir en la oscuridad y á no deber mi subsistencia más que á Dios y á mi trabajo.

Sin embargo de mi negativa, tengo que pedir algo. Este hombre que me acompaña es un honrado español que ha guardado religiosamente esa fortuna durante tres años y medio. Yo os permito que recompenseis su honradez y su lealtad como tengais por conveniente.
 La condesa acudió presurosa al maletín, deshizo varios paquetes para conocer su contenido y llenó de oro los bolsillos de mi patron, que sin darse cuenta de cuanto ocurría, se dejó cargar materialmente de dinero.
 Dos meses después estábamos de vuelta en la aldea. Mi patron quiso partir su fortuna conmigo, pero yo no tomé sino lo que valía más que el oro: la mano y el corazón de su hija, que habiéndome hecho feliz durante muchos años, hoy está ciega, como yo, en fuerza de llorar día y noche la pérdida de mi vista.

En procurar el remedio de uno y otro hemos agotado cuanto teníamos; pero, ¿qué importa? La caridad nos sostiene y Dios nos alienta. ¿Que más podemos desear? Esta es mi historia.
 Cesó de hablar mi buen amigo y yo le pregunté con la candidez propia de mis pocos años:
 —¿Luego Vd. no ha nacido en la clase de zapateros?
 —¡Oh! no, me dijo sonriendo; yo aprendí ese oficio porque allá, en mis primeros años, me entretenía muchas veces en arreglar las sillas de los caballos de mi casa, y no era extraño al manejo de la lesna y de los cabos.
 —Entonces, ¿cuál es la clase en que ha nacido?
 El ciego inclinó la cabeza tristemente y me contestó:
 —En la clase de los desgraciados.
 —Pero decidme al menos vuestro nombre, insistí yo con la terquedad propia de los chicos.
 —Me llamo Francisco en España, Frank en mi patria.
 —Pero ¿qué apellido llevais? Decidmelo, y os juro no revelarlo á nadie.
 El alemán se levantó, me estrechó la mano suspirando y me contestó con la sonrisa en los labios y el llanto en los ojos.
 —Lo he olvidado.

ANTONIO HURTADO.

SONETO.

¡Qué de improviso la ventura humana
 En quimera se cambia y en olvido,
 Y qué breve es el bien dulce y querido
 De que el pobre mortal ciego se ufana!
 Siempre anhelando el día de mañana,
 Siempre el de ayer llorando haber perdido;
 En el alma el dolor llevo escondido
 Y honda herida cruel que sangre mana.
 Soy borrascoso mar y mis orillas
 Son los helados reinos de la muerte.
 ¡Por qué en vano me agito y me desvelo!
 Templá el rigor, Señor, con que me humillas;
 Llévame pronto á amarte y conocerte,
 Y á tu diestra colócame en el cielo.

EL MARQUÉS DE HEREDIA.

Setiembre, 3, de 1871.

FIESTAS DEL PILAR EN ZARAGOZA.

EL ROSARIO.

Publicamos en la página 308 un dibujo (tomado en la plaza del Mercado) del Rosario que, constituyendo una de las solemnidades más importantes con que se celebra todos los años en Zaragoza la festividad de la Virgen,

salió en la noche del 12 de este mes de la famosa catedral del Pilar y recorrió las principales calles de aquella ciudad.

Preside siempre en esta antigua y piadosa procesion la coiradía de los de rotos de la Virgen del Pilar, tan fervorosamente venerada por los aragoneses; la del presente año la componian una multitud inmensa de personas de ambos sexos, pertenecientes á todas las clases sociales, un coro de setenta niñas, vestidas de blanco, acompañado de una orquesta dirigida por el profesor D. Elias Anadón y muchos estandartes bordados con oro y plata, algunos de mucha riqueza.

Llama grandemente la atención de los forasteros que ven por primera vez esta solemnidad religiosa, la colección de faroles de extraordinario tamaño que acompañan al Rosario, todos ellos de formas caprichosas, representando alegorías de la Virgen, leones, águilas, temples, torre, etc., etc., y no pocos de buen gusto y de esmerada labor.

X.

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE...

CUENTO ORIGINAL

DE

D. ALVARO ROMEA.

(Continuacion).

Por fin vió María aparecer al tío Pedro, y por cierto que nada bueno parecia traer á juzgar por el semblante.

La pobre niña no pudo contenerse, y salió corriendo de la casa en busca del viejo, que al ver llegar la dijo cariñosamente:

—¿Adónde vas, loquilla?
 —Adónde he de ir, á buscarle á Vd., para que me diga qué hay de Manolo.

—Nada aún, hija mía, porque Manolo ha sacado el número 16, y aunque no piden más que catorce mozos, el núm. 14 es el hijo de la Pelona, que como es viuda y vieja y no tiene más apoyo que su hijo, será fácil que le eximan del servicio, y aunque queda un número aún para llegar á Manuel, si hay algun tullido es fácil que le toque; pero aún no hay nada. Ahora los van á reconocer, pues mañana al ser de día tienen que salir del pueblo.

—¿No me engaña Vd., tío Pedro? repuso María.
 —¡No, hija mía, no!

—¿Y Manuel, cuándo vendrá?
 —En cuanto se acabe todo y sepa el resultado definitivo.

Á esta sazón llegaron á la puerta de la casa, donde hacia rato que los esperaba Antonia.

—¿Diga, tío Pedro, preguntó ésta, qué nuevas hay?
 Y el viejo, haciendo porque no le oyera María, la contestó:

—¡Qué el pobre Manolo es soldado! Pues aunque ha sacado el núm. 16, tiene el 14 el hijo de la Pelona, y el 3 Anselmo, que es medio cojo, de manera que los dos, según creo, están exentos del servicio.

—¿Le ha dicho Vd. algo á María? añadió Antonia.
 —Á medias, contestó Pedro.

Entretanto que esto pasaba en casa de Antonia, Cármen ya sabía que Manolo era soldado, y tal placer este suceso la daba, que no podía disimular su contento... «Ya verán Vds., exclamaba loca de alegría, cómo al mes que se haya ido Manolo, no vuelve á acordarse María de él para maldita de Dios la cosa. Ahora hará muchos extremos... pero luego vendrá otro y... ¡Á bien que él en el servicio, como va á correr el mundo, no le faltarán novias, ni otras cosas peores!...» «No sé despues de todo, proseguía Cármen, por qué razon se ponen tan tristes los mozos cuando los llama el rey. ¡Si yo fuera hombre, para mí sería una ventura el ser soldado!»

Ni una sola vez le pasó á Cármen por las mientes, informarse de si José, su antiguo novio, le había tocado la suerte. Á rey muerto, rey puesto, decía, y si una puerta se cierra, ciento se abren. Aunque cuando supo que al día siguiente se llevaban á los reclutas, no pudo ménos de exclamar llena de indignacion:

«Los quintos se van mañana,
 Se llevan los escogidos,
 Y nosotras, nos quedamos
 Con los que el rey no ha querido!»

IX.

Eran las dos de la madrugada y los tibios resplandores de la luna besaban la pura frente de María, que aguardaba impaciente á la ventana al desdichado Manuel, á quien no había visto en todo el día anterior. Ya por el tío Pedro supo la fatal nueva, y desde entonces el pobre ángel lloraba sin consuelo.

Iban á perderse en el horizonte de la realidad, las ilusiones más bellas de sus primeros años, y agolpábanse en su imaginacion los recuerdos de aquellos días tan dichosos para ella, en que al lado de su madre y al lado de Manolo, el rocío de la tarde, regaba la flor de sus amores.

«En la desgracia sin duda
 La memoria es muy cruel,
 Pues que causa el mayor mal
 Cuando acuerda el mayor bien!»

¡Aquella noche iba á ver, quizá por última vez, al ídolo de su corazón!

¡Ocho años sin ver al que era su vida!...
 ¡Y cuántos al salir del pueblo en que nacieron, se despiden para no volver jamás!

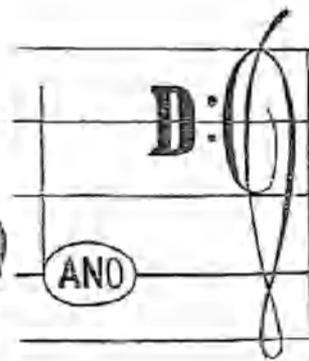
(Se continuará.)

LA ILUSTRACION DE MADRID.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID.		CUBA, PUERTO-RICO Y EXTRANJERO.	
Tres meses.....	22 rs.	Medio año.....	65 »
Medio año.....	42 »	Un año.....	120 »
Un año.....	80 »		
EN PROVINCIAS.		AMÉRICA Y ASIA.	
Tres meses.....	30 »	Un año.....	240 »
Seis meses.....	56 »	Cada número suelto	
Un año.....	100 »	en Madrid.....	4 »

JEROGLÍFICO.



(La solución en el número próximo.)